

LATITUD SUR 45° 31'

Andrés Castillo



Latitud Sur 45° 31'

©Andrés Castillo A.

Registro de la Propiedad intelectual: 298.549

ISBN: 978-956-8969-28-8

Directora- editora:

Ingrid Odgers Toloza

Diseño general de Impresión y Diseño de Portada:

Pame IA

Auspicio: Fundación Artística y Cultural Bután

Contacto: butan@butan.cl www.butan.cl

Impreso por Ediciones Orlando

edicionesorlando@gmail.com

Celular: 961559699

Avenida 21 de Mayo 2659 – Cs. 12

Concepción, Chile

Marzo, 2019

Impreso en Chile / Printed in Chile

Andrés Castillo

Latitud Sur 45° 31'



Dedicatoria

*A ti, porque cuando puedas imaginar un tesoro oculto,
enriquecido con la belleza de tus sueños, entonces ya sabrás
dónde está.*

Dios pone a funcionar el electromagnetismo de acuerdo a la teoría de ondas el lunes, miércoles y viernes, y el diablo de acuerdo a la teoría cuántica el martes, jueves y sábado.

William Lawrence Bragg
Físico Británico (1890-1971).
Premio Nobel de Física.

Latitud Sur 45° 31'

Capítulo I

Freddy era hijo de Adolf Claude y de Marion Schwager, hermana de Federico Schwager Maggines, alias Fred, acaudalado empresario carbonífero del *Valle de Antulicán* y que había muerto en 1892.

Freddy había nacido en Valparaíso en 1877 y había estudiado Ingeniería Industrial en la Universidad de Hannover, Alemania. En 1899 con 22 años de edad ingresa a la Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager pues su padre Adolf era el contralor. En 1912 ya era parte del Directorio de la empresa y en 1928 su Presidente.

Ante aquella responsabilidad y a sabiendas que era el último emperador del imperio carbonífero, pues su único hijo hombre “Perico” nunca trabajó en la compañía ni tampoco se casó, había decidido que en caso que muriera sería en el *Valle de Antulicán* cuya economía y existencia se debía a la misma compañía fundada por su abuelo Friedrich Schwager, suizo-alemán y forjada luego por sus ancestros.

La Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager era en 1937 junto a las minas de Lota de la familia Cousiño, la más importante carbonífera de Chile, y pretendía ser en el futuro, el complejo energético, industrial y tecnológico más importante de Sudamérica, por eso Freddy estaba preocupado, se estaba haciendo viejo,

y con sus sesenta años de edad sabía que para eso necesitaba tiempo.

Pero el *Valle de Antulicán* en donde comienza la presente historia, a no ser por el carbón no parecía ser para nadie un lugar propicio para asentar las bases de un Dorado o la sagrada tierra de Ngenechen, sino más bien la del mismo infierno. *Antulicán* la llamaban los mapuches, *Antu* en mapudungun significa Sol y *Lican* es Piedra. El carbón se autocombustionaba, igual que el Sol, y las piedras negras se desprendían de los mantos de carbón que afloraban a tajo abierto, en las quebradas de los cerros y rodaban luego ardiendo por sus flancos. Era entonces: *El Lugar de las Piedras Ardientes*, es decir, el infierno. Otros dijeron que no era el carbón sino las piedras blancas o cuarzos que destellaban en las riberas del estero Maule que serpenteaba desde una laguna que los indios llamaban Quiñenco, del mapudungun Quiñen: Solitaria; Co: Agua, y que aún existe.

Pero, sea cual sea la razón de aquel nombre ancestral, lo cierto es que en 1937 Freddy ya era el heredero de la industria y como lo fue Luis Cousiño en su tiempo, él era también un filántropo apasionado. Legado de su tío Fred, quien amaba la especie humana, leía a Darwin y a Humboldt, y a fines del siglo XIX ya había dicho a su hermana Marion la necesidad de invertir en barcos carboneros, desde los tiempos de los sumerios el futuro de los pueblos estaba en la navegación, pero bien sabía Marion ahora, que los imperios ya no corrían por el dominio de los océanos, sino por la energía atómica.

Y teniendo Freddy todo lo que podría desear un hombre en la vida, y que hace mucho, como el hugonote que era, se podría haber retirado a una vida placentera a las tierras de su padre en el norte de Francia, mantenía la

pasión por aquel ámbito industrial del carbón, era su conatus, y lo hacía sentir vivo, era el pulso vital de su ser. Y al terminar sus jornadas en las minas, a lomo de caballo pasaba con su poncho negro y sombrero de ala ancha como al mítico Wotan, solitario recorría el fundo Boca Maule como lo hacía un señor feudal, y al ponerse el sol, desmontaba como John Wayne y tendía los pies hacia la chimenea crepitante como su propio corazón, cual inconmensurable energía difícilmente parecía contener. Así era Freddy, aunque su tío Fred le hubiera legado una fortuna de por vida, mantenía ardiente ese instinto fecundador más que voraz, creía ser de esos hombres que asumen el anhelo creador de su época, y que por un mandato divino, el supremo había vertido en el molde de su ser, un monumento que lo catapultaría al Olimpo de la eternidad. Pero, el camino no era fácil, y había abismos por todas partes, y uno de aquellos eran las secuelas del desastre de la gran depresión económica de 1929, que le habían frenado todo intento de inversión en mejoras tecnológicas en las minas. Pero, como ha sucedido en la historia de los hombres, en el borde del abismo afloran los mayores acicates para la concentración interna de los espíritus, y en 1937 como presidente de la poderosa compañía, presiente que ha llegado el momento más propicio para aquel salto, precisamente cuando su gran dilema del ser o no ser se estaba aproximando al recodo de su vida, y ahora, ad portas de la segunda guerra que demanda más cobre y las refinerías cupríferas devoran más carbón, tiene la oportunidad de invertir y enriquecerse aún más y así, poder continuar con sus ambiciosos proyectos.

No obstante, algunas contrariedades surgen en Freddy, desde Valparaíso es tentado por la poderosa

colonia alemana a unirse a los sueños del Káiser, al mismo tiempo, la sangre materna del inglés le susurró secretamente al oído que lo necesitaba, y que solo por la vía británica podrá disponer de un aval financiero noble y fiel para construir su complejo energético y tecnológico que lo desvela. Y en esas noches de soledad en la casa de los Schwager, las sirvientas rumorean que algo realmente importante preocupa a Freddy porque se pasa las noches en vela como hablando con alguien, y se oyen perros aullar como si vieran venir al diablo, y que al amanecer no se le encuentra en su cuarto sino que amanece en pijamas con bata blanca en la galería vidriado del lado Este, con una vela en la mano y en la otra un plano, esperando que salga el sol.



Galería del lado Este de la Casa de Schwager (1947)

Foto: Ingeniero Mr. William Ward

Gentileza Familia Ward.

Y en esos instantes cuando el astro rey se asoma y la vida renace, dicen las sirvientas que Freddy llora en silencio, llora el patrón porque reverberan de luz sus ojos como si hubiese traicionado a Dios, y como gotas de rocío, resbalan sus lágrimas rostro abajo como si sangrara su alma.

¿Qué pena tan grande tendrá el patrón?—murmuran. Algunas sospechan que el alma de Freddy sangra porque se la ha entregado al diablo, y el misterio aumentaba cuando Freddy se internaba por los senderos del jardín que era como un bosque encantando rico en biodiversidad, y al llegar el verano, en las faldas del cerro, en secreto se bañaba bajo las vertientes de aguas sagradas porque Freddy decía que eran enviadas por Ngenechen, y que en la laguna de la hondonada se tiraba piqueros para nadar entre los cisnes de cuello negro, y luego, como chiquillo correteaba a los conejos y garzas. Oculto entre los árboles veía descansar las tórtolas y queltehes. También como un animal de sagaz mirada, podía ver pumas, pudúes y guiñas que en ocasiones atravesaban desde la Nahuelbuta hasta la desembocadura del estero Maule escondidos en el denso bosque del humedal que lo circundaba.

Y era cierto lo que decían las sirvientas porque hermosos senderos blancos de arena sílica y el jurásico paisaje cubierto de helechos y por un bosque siempre verde, tapado de musgos, eucaliptos y líquenes atraían a Freddy desde su infancia, como si él mismo hubiese sido siempre parte de los cientos de animalitos y aves que se sumergían en lo más profundo imaginado de aquel *Valle de Antulicán*.

Desde las ventanas de la casa de los Schwager las sirvientas lo veían emerger del bosque para ascender

caminando luego por una colina verde y sinuosa, era su campo de golf, en donde se perdía de vista, un sendero le permitía bajar a una pequeña laguna formada por aguas lluvia, a los pies de un recodo, existía allí un anfiteatro natural en donde meditaba sentado con sus piernas entrecruzadas como los budas.

Era un bosque encantado decían las sirvientas, era un atractivo natural impresionante para los clientes y visitantes que Friedrich, Fred, Marion y luego Freddy traían cada año de todas partes del mundo a negociar los volúmenes y las tarifas de su tesoro negro, y durante semanas solían alojarse en las habitaciones de la casa de los Schwager, no había mejor lugar en el mundo dado a que contenía una riqueza única de flora y fauna.

Esta naturaleza es mi mejor garantía de la inmortalidad—decía.



Óleo “Velero al Máximo” de Thomas Somerscales en la casa de Schwager

*Foto tomada por el ingeniero Mr. William Ward – 1947
Gentileza Familia Ward.*

Pero a Freddy no le preocupaba tan solo su muerte sino también temía por el futuro de *Antulicán*.

“La guerra espoleará a los hombre hacia los más inverosímiles inventos e incluso hasta las fronteras de la imposibilidad. Nuestro carbón ya no es para siempre porque pronto será reemplazado”—decía.

Pero a pesar de lo reservado que era Freddy, pronto el rumor del incierto destino de las minas bajó de la colina y cundió por el pueblo. Con el tiempo la predicción de Freddy se cumplió porque el petróleo y las importaciones de carbón más económico habían llegado para quedarse en la industria y los mineros cayeron en estado de paranoia por mantener sus empleos. Sin embargo endiosaron y se aferraron aún más a Freddy por considerarlo un ser omnipotente y protector capaz de convertir lo negro en blanco y uno más uno en tres. Y no era un mito eso de que Freddy hacía milagros sino que creían verdaderamente que tenía pacto con el diablo con el que conversaba en el anfiteatro de la hondonada donde lo veían sentado con las piernas entrecruzadas y en estado de trance como lo hacen los budas.

Además decían que ostentaba la condición divina de la ubicuidad, es decir que como Dios podía estar en varias partes y en el sitio correcto en el momento preciso y porque aseguraban haberlo visto en dos puntos opuestos de la mina al mismo tiempo.

No obstante, ante el rumor del pueblo de la relación de Freddy con el lado oscuro de la fe, no dudaron en depositar su fe en él. Esto fenómeno social ocurrió porque desde los tiempos de su abuelo Friedrich (1850) los Schwager les habían dado el sustento y mostrado la fuente verdadera del progreso y de todo poder.



Vista del ala Este de la Casa de don Federico Schwager Maggines en 1870. La casa fue remodelada por la familia en la década de 1940.

Sin embargo, lo que la gente no sabía, era su apego a la filantropía a pesar que ayudaba frecuentemente con aportes económicos y ayuda material de todo tipo a familias mineras que en secreto se lo requerían. Así fue que por esta inquietud de comprender el propósito del hombre se vincula en Inglaterra con un sirio llamado Nazir, a quien ya había conocido en Londres años anteriores, y con él hizo notables progresos en árabe y en persa, desde niño había empezado a estudiar lenguas orientales. Comenzó además a estudiar el chino y su escritura y en el ambiente oligárquico del Club Naval, Club de Viña, Club de la Unión de Santiago, Sporting Club y en el Club de Polo de Valparaíso del cual también fue Presidente se hizo la reputación de orientalista. De Europa trajo un libro sánscrito obsequiado por Nazir,

que aunque estaba en persa no tardó mucho en traducir. El libro se refería a las analogías entre los signos lingüísticos de la cultura persa con la azteca.

Nazir estaba ligado a arqueólogos ingleses e invitó a Freddy a unirse a ellos en una cátedra referida a la ancestralidad del hombre pero al poco tiempo tuvieron que contenerse, sus postulados no eran bien recibidos en el público anglosajón. Esto se debía a que una de las investigaciones realizadas con Nazir y que había comenzado a escribir Freddy señalaba al dios mesoamericano Quetzalcóatl como de la misma familia de dios andino Viracocha, pero también de Wōtan, dios de los vikingos. Sus investigaciones con Nazir concluían también que Odín y Buda tenían cierta conexión, habían encontrado los nombres de Butan, Wōtan y Votan registrados en algunos calendarios zodiacales primigenios de la India, Escandinavia y México. Para demostrar que su hipótesis no era una mera casualidad como a primera vista podría suponerse formularon un cuadro con jeroglíficos registrados en las murallas y monumentos de piedra mayas los cuales coincidían con los templos del alto Egipto elaborados el 4.000 A.C. Pero de ser esta hipótesis cierta, al considerar a Wōtan en esta conexión, reforzaban en tierra inglesa la teoría de la supremacía indoeuropea que promovía Hitler. Sin embargo e independientemente al conflicto mundial que se veía venir para el ámbito arqueológico mundial que no tenía intenciones de reconocer este descubrimiento ya señalado por Humboldt en el siglo pasado, y fundamentalmente para Freddy, era extraordinario este hecho sorprendente que cuestionaba la historia de la humanidad en cuanto a su cronología y obligaba a replantearse la evolución de las culturas, sus

migraciones y civilizaciones.

Nunca nadie imaginó ni supo que fue lo que gatilló en un empresario acaudalo como Freddy cuya vida estaba resuelta, aquella motivación de incursionar en la antropología antropomorfa de Sudamérica y Mesoamérica en donde sus postulados señalaban también una relación de los dioses sumerios como Pazuzu con las deidades americanas representadas como serpientes emplumadas: Viracocha y Quetzalcóatl.



Pazuzu: Rey de los demonios Sumerios. Se utilizaba como amuleto colgante tanto en el cuello de la madre como en el niño, mientras que otros más grandes se colocaban sobre ellos en una pared.
(1.000 A.C)

Pero no era la imaginación de Freddy que lo hacía investigar de estas cosas sino que también Luis Cousiño lo había hecho en su tiempo en su palacio de Lota, ambos eran filántropos como lo había sido su tío Fred quien solicitaba constantemente libros de Darwin a

las bibliotecas de Valparaíso: El origen de las especies o La ancestralidad del hombre en los cuales se fue sumergiendo su sobrino Freddy.

Dime lo que lees y te diré quién eres. Pero tampoco era lo moda ni la cultura importada por la oligarquía chilena desde Francia, sino la pasión de Freddy que lo hacía parecer irracional; pero ya es sabido que en la casa del genio siempre habita el loco, y la historia ha demostrado que los hombres o los pueblos que se lanzan con ideas descabelladas, o en empresas que rebasan su propia medida, al hacerlo, crecen también sus fuerzas hasta lo nunca imaginado. Y en aquel *Antulicán* en donde los mineros dicen que Freddy ha vendido su alma, sus investigaciones lo arrastran a los abismos de Trapananda, aquella ciudad perdida de los incas en el Sur de Chile y que no es sólo el lugar en donde el mito dice que es la guarida del diablo, sino que yace allí un tesoro y que no es sólo una quimera, sino que es el que ha ocultado el *Dresden* porque su comandante había dicho que: *“la humanidad aún no estaba preparada para aquello”*.

Pero Freddy ya sospecha que es lo que puede contener aquel tesoro, y con impaciencia palpitante va atando cabos y está al acecho como lo estuvo Isidora Goyenechea de Thomas Edison de las últimas noticias científicas de Europa. Sabe que el viejo mundo con señalada clarividencia se ha dado cuenta del poder fecundador de un nuevo conocimiento que ensancha el universo; que la ciencia y su tecnología están llamados a transformar al mundo más decisivamente que todas las guerras y todos los protocolos políticos imaginados, y que un genio que catalogaron como loco, ha inaugurado una nueva época que piensa y crea dentro de otras

dimensiones lo que hace posible arrebatarle años al tiempo.

Capítulo II

Ocurrió una mañana de 1937, cerca del mediodía, cuando Freddy sostenía en su mano su pipa y con la otra el teléfono, estaba pensativo y estático, como si el tiempo hubiese detenido su corazón de un ataque fulminante en ese instante y aquella fuera la imagen de su última llamada. No obstante, todo continuó y se comunicó con Otto, mientras con su mirada soñadora siguió contemplando el mar, desde el edificio de la administración situado en lo alto de una colina, y como si el mismo fuera la estatua inmortal de un dios creador y el edificio a sus espaldas, el homologo del Olimpo en la tierra.



Edificio de la Administración Carbonífera Schwager (1947)

Coronel – Chile

Foto de Mr. William Ward. Gentileza: Familia Ward.

Otto era un ex tripulante del *Dresden* que se había radicado en Chile después del cañoneo y hundimiento del barco en Juan Fernández. Durante el combate un proyectil explotó en cubierta lanzándolo al mar pero Otto no sólo era un marinero excepcional sino que también su espíritu poseía una fortaleza integral. Y así fue que, nadando, llegó hasta la isla. El teniente Canaris ya lo había incluido en la lista de los desaparecidos cuando apareció de pronto caminando como Cristo sobre el agua hacia la playa.

Otto vivía desde entonces en Casma, un pueblito cuyo nombre es de origen proto-quechua, es decir del año 400 D.C, pero curiosamente situado entre Frutillar y Purranque. Dado a sus conocimientos de mecánica adquiridos como fogonero y ayudante del maquinista del *Dresden* se dedicó a la docencia en una escuelita del mismo pueblo, hasta donde había llegado Freddy quien visitaba ocasionalmente la zona porque tenía parientes alemanes allí, a pesar que su aspecto antropológico era claramente el de su madre Maggines, es decir, el de un inglés.

Fue la oportunidad que buscaba Freddy para atraer a Otto a su flota de vapores, porque sabía que el ex tripulante poseía información de dónde el *Dresden* había ocultado el tesoro y como hombre de mar, aceptaría de inmediato. No se equivocó Freddy, curtido empresario y presidente de la poderosa compañía que desde principios del siglo XX, su madre Marion y su hermana Carolina –fallecida en 1928—ya habían echado vapores a la mar.

Freddy, no tan sólo era un hombre inteligente sino que también era curioso, y como estaba muy al tanto de los avances tecnológicos logrados en Europa, había

adquirido un bote anfibio al gobierno inglés que aunque podría haber servido en la segunda guerra, tenía deficiencias en el espesor del material pues en las batallas las metralhas lo perforarían como colador pero Freddy igual lo adquirió, como equipamiento de rechazo y deseaba que Otto, en los fiordos del Sur lo utilizara para buscar el tesoro.

Otto aceptó la oferta de Freddy y por eso en la primavera de ese año se encontraba en la bahía de *Antulicán*, contratado por la compañía como tripulante a bordo del vapor Boca Maule cuando sonó el teléfono en la cabina de mando, Freddy había pedido hablar con él.

¡Hay que embarcarse al sur!—le dijo por el teléfono el calculador Freddy, que a pesar de ser el propietario de las minas y tener bajo su mando a un selecto séquito de ingenieros ingleses, nunca dejó de ser el ingeniero en jefe, todo lo controlaba Freddy, incluso el Boca Maule y los modernos vapores Federico Schwager y Quiñenco con los cuales enviaba su carbón a todos los rincones de Chile y del mundo constituyéndose en aquel entonces como la industria de energía básica más poderosa de Chile y que pretendía ser en el futuro, el complejo tecnológico más poderoso de Sudamérica, pero bien sabía Freddy que para eso, además de tiempo, necesitaba innovación tecnológica y otra energía infinitamente más poderosa que la simple energía fósil del carbón.

Freddy informó a Otto que debía ir a tierra a una reservada reunión que se llevaría a cabo esa misma tarde en uno de los salones de la casa de la familia Schwager, a la hora del té.

Otto desembarcó del Boca Maule y durante la tarde desde el muelle Jureles —que se estaba ampliando para incrementar los embarques de carbón extraído de la



Galería vidriada lado Este Casa de Schwager. (1947)

Foto de Mr. William Ward. Gentileza Familia Ward

mina Puchoco— se fue caminando hacia la solitaria casa situada en el punto más alto de una colina del barrio inglés llamado Maule. Estaba apartada de la carretera que conducía a la mina y semioculta entre altos y frondosos eucaliptus a través de los cuales se podía vislumbrar la imponente fachada y su ancha y fresca galería vidriada que la rodeaba por el lado Este, y que era en donde las sirvientas decían que Freddy lloraba al amanecer, mientras veía salir al sol.

Desde la carretera se desvió y ascendió Otto por un sendero de grava que serpenteaba medio kilómetro subiendo un cerro que enfrentaba al mar, remontó el camino y se internó en el bello bosque cubierto de zarzas, aromos, quilas, eucaliptus, pinos y bajo sombras de ramas entrelazadas en altas encinas y araucarias.

Traspasado ya el denso bosque, apareció de pronto a la vista de Otto las imponentes escaleras empedradas de la casa como el templo de los inmortales en Vilcabamba,

ciertamente el finado Fred ya era inmortal, y la casa la habían construido en otro tiempo. (Vilcabamba: Valle inca refugio de los inmortales-Ecuador)



Casa de los Schwager (Coronel- Chile)
Gentileza Arquitecto Sr. Andrés Castillo Valenzuela
www.castilloarq.cl

La parte trasera de la casa adquiriría proporciones todavía más imponentes y vastas que en la delantera. Espaciosos jardines y prados tan bien cuidados y verdes como mesas de billar que Freddy también tenía allí, mantenidos por media docena de sirvientes que merodeaban bajo las sombras de armoniosos senderos de blanca arena sílica y que conducían a hermosas araucarias, árboles nativos y exóticos que invitaban a una pileta espejo en donde se reflejaban las estrellas que Freddy observaba al anochecer.

Desde el interior y a través de las ventanas del salón principal Freddy vio venir a Otto a través del bello parque que la circundaba. Se podía ver desde allí de cordillera a mar, el *Valle de Antulicán* y su negra playa hacia el sur, los acopios de carbón provenientes de la mina Puchoco, los rollizos de troncos de eucaliptus para la fortificación de las galerías de la mina, y la nuevas



Fachada trasera de la casa de Schwager (1947)

Foto: Gentileza Familia Ward.

obras de perforación del pique Arenas Blancas que desde 1931 el mismo Freddy con sus ingenieros venían proyectando y construyendo a pleno pulmón.

Y al agudizar la vista hacia el horizonte de aquel próspero territorio industrial, aparecían los nuevos pilares del muelle Jureles y algún barco atracado a él como molusco a la roca, y en las afueras de la bahía, tres o cuatro barcos más que, aunque soñolientos, hambrientos del carbón que valía más que la sumatoria de todos los tesoros del mundo.

Cuando Otto ingresó en el hall de la casa de los Schwager se dio cuenta que por dentro era más grande de lo que parecía ser por fuera. El mayordomo le explicó que el terreno constaba de ocho hectáreas, mil quinientos metros cuadrados de superficie construidos, un salón de lectura y billar, diez dormitorios, 11 baños,

12 chimeneas, área de cocina, patio de servicios, un subterráneo para caldera y otras dependencias menores, lo que la hacía ser una casa de ensueños, única y de notable belleza y elegancia. A pesar de ello la esposa de Freddy, Evelyn Squire, ni su hijo Federico “Perico” ni su hija Hester Claude Squire nunca residieron allí, sino en su mansión de la calle Chorrillos Álvarez en Viña del Mar.

El salón de reuniones en dónde lo esperaba Freddy —y otros dos hombres—, sobrio y elegante, parecía contener en él todos los poderes del mundo, era dominado por Fred, cuya mirada rígida y severa se posaba sobre todos ellos en cualquier lugar de la habitación hacia donde se movieran, desde un retrato con pesado marco dorado.

Las nativas maderas de los muebles, espejos biselados enmarcados en bronce y anaqueles generaban un ambiente acogedor desde su entrada, amplios pasillos cuyas puertas correderas llevaban a diversos salones con muros que parecían de porcelana, y que unidos a la calidez de cortinajes de finos terciopelos traídos de Inglaterra daban la sensación de estar ingresando al esplendor glamoroso del Titanic.

Freddy indicó a los invitados a tomar asiento de acuerdo a la antigüedad, alrededor de la mesa ovalada de fina caoba que él presidía con esa sonrisa cordial del duro inglés, ojos celestes y cejas espesas y oscuras, que unidos a los rasgos fisonómicos simétricos y porte distinguido, daba la impresión de estar frente a hombre gigantesco, digno de cuidado y de respeto.

Los mayordomos sirvieron el té en delicada vajilla traída de la china. Es nuestra costumbre—dijo Freddy, y tenía razón, siempre se preocupaba tanto de pequeños detalles como de los asuntos de la más alta importancia,



Retrato de Federico Schwager Maggines (Fred) en el salón de reuniones de la casa de la familia Schwager.

(Maule – Coronel 1947)

Foto: Mr. William Ward. Gentileza Familia Ward.

manejando las situaciones con ese estilo anglosajón como ejemplo de vida, lo que le hacía ostentar un carisma sin igual por parte de los trabajadores y sobre todo de esos dos hombres que ya se encontraban allí: su ingeniero electromecánico Smith y el buzo de la compañía Maripil que estaba a cargo de los anclajes de los pilares del muelle. Ambos lo idolatraban y lo seguían con incondicional lealtad.

Smith era rudo y rubio, no tan alto como Freddy, pero grueso, curtido y enervado como viejo tronco de árbol. Había llegado hace algunos años al mineral como ingeniero ayudante a la mina de Puchoco y se le respetaba como experto en ingeniería electromecánica a tal punto que las máquinas para la maestranza de



Pasillo interior de la casa de Schwager (1947)

Foto: Ingeniero Mr. William Ward – Gentileza Familia Ward.

la mina las diseñaba y fabricaba él mismo cuando no podían ser importadas desde Norteamérica o Europa. Además siempre era solicitado por Freddy para dar su opinión sobre la situación futura del establecimiento carbonífero. En una ocasión Smith le reiteró a Freddy su información respecto al peligro latente del gas grisú, debido al incremento de los avances de las galerías submarinas hacia el oeste y también de las restricciones que presentaba la tectónica submarina producto de una gran falla geológica que no permitiría por muchas décadas continuar extrayendo de un modo rentable las ya escurridizas reservas de la antigua mina Puchoco. Freddy estaba consciente de esta situación por eso había decidido construir la mina nueva llamada Arenas Blancas cuyo pique proyectado de 950 metros de profundidad y 6,7 metros de diámetro la convertiría en la más profunda

del mundo y que permitiría incrementar los volúmenes de producción que serían embarcadas por el muelle ampliado cuyo anclaje de pilares dependía de Maripil, y que en definitiva prolongaría la vida de la mina de un modo rentable al menos hasta 1997, sesenta años más. Freddy tendría que vivir dos veces pues la proyección representaba el doble de su edad.

Freddy lo estimaba como a ninguno y todos consideraban a Smith como su más cercano amigo y asesor personal. No tan solo habían diseñado y construido juntos la mina nueva de Arenas Blancas, sino que también una especie de Company Town, es decir una ciudad industrial con los barrios mineros de Puchoco y el barrio inglés de Maule en donde vivía la jefatura y la supervisión. Urbanizaron todo *Antulicán* con escuelas, plazas, parroquias eclécticas, un hospital con tecnología de punta, gimnasios, campos deportivos e incluso hasta aquella cancha de golf. Prácticamente era una pequeña Roma con dos ciudadelas como bastiones: el barrio Puchoco para los mineros y el barrio Maule para el personal de la jefatura a cargo de la administración. Todo de un notable valor arquitectónico combinando estilos de influencia inglesa, francesa y matices neogóticos. Pero la reputación de Smith no se debía sólo a su ingenio y capacidad creadora, sino que también por una hazaña ocurrida ese año de 1937 cuando se encontraba en explotación un frente (zona de extracción del carbón) en el distrito El Tesoro de la mina Puchoco, que avanzaba con galerías submarinas hacia el oeste con un techo de seguridad de cien metros verticales bajo el lecho de mar. El frente estaba limitado en su parte superior por aquella gran falla que había inundado la mina cerrada que su tío Fred había comprado a los hermanos Délano en el

siglo pasado, que geológicamente no se sabía en aquel entonces si había desplazado los mantos de carbón hacia arriba o hacia abajo. De pronto comenzó a salir agua desde la falla y corrió frente abajo hacia la galería de entrada de aire y de ahí hacia el tráfico principal de la mina. Por la práctica de facilitar el transporte de carros llenos de tosca hacia los chiflones (entrada a la mina), todas las galerías principales tenían una leve pendiente de bajada hacia el pie de los chiflones donde estaban instalados los pozos para las bombas de desagüe de la mina. A pesar de todos los intentos por sellar el sector de donde provenía el agua, ésta continuó apareciendo por antiguas galerías ya abandonadas y en cantidades cada vez mayores, y terminó por sumergir las bombas principales de la mina, y si continuaba subiendo de nivel dejaría sumergidas las galerías principales, avanzaría hacia el interior de toda la mina Puchoco y llegaría al punto en donde las galerías se unían con una galería de la mina nueva Arenas Blancas cuyos piques se estaban perforando. Esta escenario provocaría la inundación total de la mina Puchoco y no tenía vuelta atrás, lo que inexorablemente provocaría la inundación también de la mina nueva, un proceso que demoraría solamente un par de días.

Esta situación desastrosa para la mina y para el futuro de *Antulicán* fue salvada solo por la acción heroica de Smith y el indio Maripil que era el jefe de los buzos del muelle Jureles de Puchoco, quien comandaba un pequeño grupo de buzos, que, debajo del agua y en plena oscuridad lograron soltar las bombas de sus bases y tirarlas hacia arriba a un nivel superior hasta donde no podría llegar el agua. Ahí se instalaron las bombas principales y otras traídas desde la superficie hasta

contar con una capacidad de desagüe superior al flujo de la inundación y antes de que al agua pudiera entrar hacia la galería de la mina nueva. Finalmente, la mina se salvó y con ella el proyecto de la mina nueva y el futuro de *Antulicán*, pero los buzos nunca pudieron emerger de las oscuras aguas, sólo Smith lo hizo junto a otro hombre con las bombas, y cuando se había perdido toda esperanza de que emergiera el resto de los buzos apareció disparado como con un resorte el indio Maripil y salió a flote, como resucitado de entre los muertos. Después se supo que todos los buzos habían muerto ahogados al quedar enredados con las púas de los cables acerados que se cortaron con la sobre tensión de los huinches y tanto tiempo sin aire no pudieron resistir. Otro fatal desastre que sorprendió a Freddy y a su amigo Smith ese extraño año de 1937 fue cuando en una visita de inspección se encontraron con un grupo de catorce mineros que intentaban cruzar con otra galería la gran falla geológica para alcanzar el distrito de El Tesoro en donde estaban explotando un frente de carbón del Manto 3 cuyo rendimiento era ideal y con un nuevo ventilador que llamaban Siroco que era el más potente del mundo en esa época y cuya ventilación era excelente para toda la mina. Aunque Freddy y los jefes mantenían las exigencias a sus disparadores de medir gas grisú con sus lámparas de seguridad y, en caso de encontrar metano sobre 1,5 por ciento no hacer ningún disparo antes de limpiar el aire en la zona afectada, el disparo se hizo igual. Una tragedia evitable pues estaba claro que el disparador no efectuaría la tronadura habiendo un porcentaje de grisú inflamable. Sin embargo, esto ocurrió debido a que un grupo de trabajadores jóvenes estaban encargados de la tarea de traer al frente los

carros cargados de madera para la fortificación de la explotación del día siguiente. Estos carros entraban al sector por una galería de entrada de aire, pero en un punto bastante alejado del frente, tenían que pasar los carros a la otra galería de retorno de aire. El traspaso se hacía por una pequeña galería entre la entrada de aire y la revuelta (retorno de aire) que tenía tres puertas en su entrada y tres en la salida. La operación de traspaso debía hacerse abriendo las primeras tres puertas, pasar los carros hacia adentro y cerrar las puertas antes de abrir las tres puertas siguientes de acceso a la revuelta. Para apurar el trabajo, los jóvenes muchachos habían abierto y mantenido abiertas las seis puertas al mismo tiempo, causando un corte en el circuito de flujo de aire en el frente hacia donde avanzaba Freddy con Smith y en donde se encontraba la gente preparando la tronadura, lo que permitió la acumulación del metano que al ser más liviano que el aire, buscó la zona de mayor altura ubicándose en el techo de la galería, pero cincuenta metros más alejado del punto, en donde se hacía la medición del gas y en donde se haría el disparo.

En el preciso momento cuando Freddy con Smith ingresaban hacia el lugar en donde se encontraban los mineros activando la detonación se produjo el disparo, un cartucho mal asegurado se soltó de la perforación donde con arcilla se suponía había sido atrincado y al hacer explosión, una chispa alcanzó el techo con gas pero no lo suficientemente explosivo. Sin embargo, una fina lengua de fuego corrió sigilosa como lombriz hacia el bolsón de metano acumulado, que se encontraba en la distancia. Al sentir la explosión Freddy pasó a un estado de trance consciente. Intuyó que ese sonido no era el de un disparo de la faena, sino que presagió que algo

terriblemente desastroso estaba a punto de suceder, si es que no había sucedido ya, a cada tranco de los corceles de la muerte sentía el pulso de su corazón que le advertía que era el último segundo de su existencia. Empujó a Smith hacia un costado, en donde había una cavidad rocosa con el fin de que se protegiera, luego instó a escapar pero el traicionero grisú no tuvo piedad ni compasión y los arrastró por la galería sepultándolos bajo tierra, tosca y carbón. La adrenalina adormeció el dolor como la muerte a la desesperanza, y cegado con la luz del fogonazo a Freddy le pareció estar viendo al mismísimo Dios.

La bola de fuego proveniente de la explosión del bolsón salió por el frente y luego hacia afuera por la galería buscando oxígeno, encontrando primero a los catorce mineros que sufrieron quemaduras graves, no solamente en sus cuerpos exteriores, sino también en sus pulmones al respirar las llamas. Por las quemaduras exteriores los catorce mineros pudieron haber sobrevivido pero las quemaduras interiores y las toscas del derrumbe no perdonaron y todos fallecieron excepto Freddy y Smith que sólo tuvieron quemaduras menores, y al quedar enterrados parcialmente por el derrumbe, fueron rescatados rápidamente y revividos en el hospital a pesar que los rescatistas ya habían informado que Smith había muerto.

Décadas anteriores al malogrado año de 1937, el sector de El Tesoro, también había sufrido una explosión de grisú, pero aquella vez fue tan potente que derrumbó varias galerías y los rescatistas no pudieron despejar el área para llegar al lugar de la explosión, ninguno de los cuerpos jamás pudo ser recuperado y Freddy tardó más de un año en recuperar los niveles de producción.

Dicen las sirvientas que aquel llanto silencioso y secreto de Freddy al amanecer no cesó desde aquel día, que los mineros muertos le penaban y atormentaban a tal punto que no le permitían dormir, por eso amanecía desvelado con su bata blanca en la galería vidriada del lado Este, cuando todos creían que era porque le gustaba ver salir el sol, pero para peor y con el tiempo los desvelos fueron más frecuentes, puesto que los fantasmas se iban sumando con las muertes de cada explosión. Era un llanto silencioso pero a veces también iracundo, endemoniado, lleno de pasión y de dolor como se puede oír a cualquier mortal que le ha tocado enfrentar una terrible situación de profundo padecimiento, o como lloran aquellos que les ha tocado llevar una vida llena de dolores e incesantes sufrimientos.

Para todos los tormentos Freddy siempre encontraba una solución, el inmortal verdadero no lo es por sus tesoros ni por sus obras, tampoco por su dinero, sino por su perseverancia. Ningún fantasma ni nada detendría al espíritu de Freddy, ni a sus pasiones ni a sus proyectos, así que aquel día los citados acudieron a su llamado en donde Freddy lucía más joven y mas vívido que nunca y permanecía de pie en la cabecera del salón con su bigote bien cuidado de un gris ceniza que cierto día fue dorado, y con voz firme y solemne, extendió un pequeño plano que puso sobre la mesa y luego, con un plumón enmaderado explicó la situación: — ¡Tenemos un sueño! ¡Un mandato supremo compañeros! y no hay tiempo que perder —dijo Freddy a los tres hombres que se encontraban allí: Otto, Smith y el indio Maripil.

De pronto ingresó un muchacho de cabello dorado como Smith pero alto como Freddy, pero no era inglés,



Casa y Jardines de la casa de Schwager (1947)
Foto de Me. William Ward – Gentileza Familia Ward.

sino suizo, y aunque hablaba en español lo hacía con acento de alemán. Saludó de manos a cada uno de los presentes presentándose como Gansser. Era geólogo—según dijo, aunque Freddy señaló que como Darwin, era un naturalista de oficio. A pesar de su corta edad, había sido contratado por Freddy para sondear petróleo en la Patagonia chilena, pues ya había trabajado para la Shell en Colombia y se sumaba a su haber expediciones petrolíferas a Groenlandia y viajes de investigación al altiplano boliviano, e incluso al Himalaya, ruta que había recorrido en 1936, vestido de budista, si hubiese sido descubierto en las montañas por los monjes tibetanos de seguro estaría muerto ya que el reino de Bután era una zona cerrada al mundo y la violación de esa norma era un sacrilegio.

Luego prosiguió Freddy con el plumón en el mapa

diciendo: —Esta zona se llama Chiloé y esta otra más al Sur se llama Aysén ¡Ice End! Y aunque nadie lo tiene claro aún, antiguamente se llamaba Trapananda. Representa un tercio del territorio del país y es una de las regiones más inhóspitas del mundo.

—El *Dresden* durante la primera guerra se movió en estos fiordos ocultándose de los ingleses que lo buscaban, pero días antes de salir de su escondite arrojaron desde el barco un cajón sellado que podría contener un tesoro maya, no valorado por el oro que podría ser, sino por la información trascendente que podría tener. Durante años comandos alemanes, pescadores y buzos lo han buscado, pero no han encontrado nada. ¡No es así Otto! —exclamó Freddy, clavándole sus celestes ojos inquisidores a los cuales Otto les devolvió la mirada con complicidad, pero sin contestarle, desvió su mirada a Smith y a Maripil quienes se mostraban algo inquietos con este suizo-alemán Gansser, que no venía de las minas, tan pálido y con tal cara de muerto que parecía un vikingo recién desenterrado de las nieves.

Con premura autoritaria Freddy reiteró la solicitud a Otto de modo que informara a los reunidos y al recién llegado ya expectante, su aventura a bordo del *Dresden* y los antecedentes que recordaba de aquella noche en el fiordo cuando el comandante Lüdecke arrojó por la borda el tesoro maya puesto que el destino del *Dresden* era incierto y no podía develar el contenido, según el mismo comandante: “la humanidad aún no estaba preparada para aquello”.

Otto no tenía claro por dónde ni cómo empezar, pero finalmente decidió contar la historia desde el principio.

—El fiordo Bután en donde se arrojó el tesoro es largo y estrecho, se bifurca en forma de horquilla en su punta y

tiene islas que parecen puertas correderas al pasar por la entrada, y una pequeña cascada por lo que será fácil de ubicar.

Las empinadas paredes caen por los ventisqueros hacia aguas profundas, su costa es montañosa y casi no tiene orilla sino abismos cortados a pique y tan altos que si se tiraran un piquero tardarían una hora en caer. El lugar es tranquilo y sin viento, pero traicionero como la niebla que entra por la boca del fiordo cada mañana y también al atardecer, cuando se oyen gritos que el viento trae por entre los acantilados, y para cualquiera que llegue a la zona no tendría dudas que es la guarida del diablo o al menos que algo extraño ocurre allí. —les dijo Otto.

Pero no solo Freddy y Otto sabían de esta tierra misteriosa que ya en el siglo XVI Jerónimo de Alderete y Francisco de Villagra llamaban “*la de los Césares*” y luego Trapananda. Los otros hombres también estaban conscientes de los mitos del sur y de que por allí habitaban los brujos que hacían apología al diablo, navegaban junto a los muertos cobrando peaje por la pasada de los difuntos camino a la eternidad.

Freddy tenía conocimiento que el fiordo Bután podía traducirse en mapudungun como el *fiordo grande* (Butan = grande), pero le parecía extraño también que existiera en el vocablo de los indígenas *Kawéskar* que habitaban la zona, y que se interpretara como una bifurcación acuática por donde se llega a un lugar que en la cultura occidental puede interpretarse como el limbo, pues dentro de un paisaje desolado, los brujos *Kawéskar* o chamanes llevaban en una piragua las almas de los recién fallecidos hasta la tierra de los muertos. Se cuenta que en sus aguas todo se hundía u ocurrían tragedias, salvo la piragua del brujo que accedía a pasar las almas

de los difuntos hacia el descanso eterno, a cambio del alma de la persona que hacía el trato como pago del peaje.

Freddy sabía de la sensación de desconcierto que sentían sus hombres al acudir a su llamado, y haber asistido, a aquella reunión que los invocaba a un viaje tan extraño como el de los primeros navegantes, al recalar en alguna bahía al cruzar al fin el Estrecho de Magallanes, y luego los españoles durante la conquista al ir en busca del oro y tesoros ocultos de Trapananda, e incluso Francisco de Ulloa en 1553 escribió al rey de España que al bajar navegando desde la ciudad de Valdivia al sur y, una vez pasado la latitud 43, presencié cuán cerca y dispersa se levantaba la cordillera de los Andes al lado del mar. Ese “portal” terrenal que hacía desaparecer a sus hombres que iban ansiosos en su búsqueda y que ya hablaba de una tierra distinta, misteriosa, horadada, irregular y desafiante para cualquier hombre, considerando las vicisitudes de la navegación y todo resguardo que no conduzca al fracaso de cualquier expedición hacia esas tierras ignotas. Ellos no sabían ni imaginaban tampoco que por esas tierras también se habían aventurado los Incas y Cristóbal de Molina da testimonio de ellos cuando dice en sus relatos *Relación de las fábulas y ritos de los Incas* (1575) que “cuando los españoles entraron en el Cuzco había indios que se acordaban de un rey Inga que se llamaba Tupa Inga Yupangue, el cual adoraba al diablo, y que fue padre de Huaina Capac y éste padre también del último rey Atahualpa. Este Tupa Inga, según los indios, conquistó por su persona desde el Cuzco hasta el estrecho de Magallanes, y trabajó mucho, incluso navegó con veinte mil guerreros hasta Rapa Nui, y al cabo vino a morir envenenado por su esposa en el Cuzco. Pero a la muerte de Atahualpa por Pizarro, según

los Quipos que no se quemaron, una dinastía de treinta mil ingas regresó, y atravesando el despoblado de Atacama, y no pudiendo establecerse por encontrar gente belicosa, continuó hasta allí, hasta algún lugar al sur de Chiloé que a la fecha no ha sido encontrado."

No obstante, Freddy y sus hombres a nada temían, ya habían visto el rostro de la muerte cara a cara, y vivido otras situaciones que les requirió de un ímpetu inquebrantable y eso les hacía sentir inmunidad. Solo escucharon el llamado de Freddy que iba más allá de toda búsqueda así que toda motivación se vincula ahora intrínsecamente con la aventura para saber si, como dice la biblia: *"los muertos renacerán como personas vivientes nuevamente."*

Otto continuó durante la tarde con el relato en la secreta reunión en la fantasmagórica casa de Schwager, pero con el crepúsculo se marchó el sol dando lugar al frío, la noche había llegado y los sirvientes se habían marchado, las luces se habían apagado y hasta el té dispuesto en las jarras también se había enfriado. Las rejas estaban oxidadas, cerradas, encadenadas y a oscuras. Freddy observó la chimenea, las ventanas, los muebles, la pared en donde estuvo el óleo del velero de Somerscales y la cavidad en donde había reposado un día el retrato de su tío Fred encima de la repisa de la chimenea. La vegetación, la hiedra y otras enredaderas habían invadido todo. La única luz humana de la casa era la suya, acompañado solo de esas sombras que cada noche en esa casa le penaban.

Capítulo III

Los últimos días de Octubre de 1937, los cuatro hombres de Freddy ya estaban a bordo del vapor Boca Maule, y el bote anfibio Terrapin MK1 también estaba atado en cubierta, Otto lo había traído rodando como camión por la calle y navegando como bote desde el muelle, así que todo estaba presto para catar la aventura a Trapananda.



Vapor Boca Maule en la bahía de Coronel 1928

Foto: Gentileza Arquitecto Sr. Ricardo Alarcón

No obstante, Freddy se había quedado en tierra, y sus hombres en la playa se miraban entre sí, se habían dado cuenta que esa extraña expedición de hombres trascendentes sólo por una finalidad relevante podía ser

impulsada, sin embargo cada cual tenía su propia teoría con respecto al real propósito del descabellado viaje de Freddy.



*Anfibio Terrapin MK1 de la carbonífera Schwager navegando
hacia un vapor en la bahía de Coronel -1947*

Foto: Gentileza Arquitecto Sr. Ricardo Alarcón

Al salir de la bahía Gansser, hojeaba viejos informes del Newen Zeitung, que eran antiguos escritos alemanes como periódicos hoy en día, referidos a las excursiones españolas y portuguesas, en las primeras expediciones de los descubrimientos a América en el siglo XV.

¿Pero de qué le puede servir leer eso?—Se preguntaban los hombres, pero era interés de Gansser, saber de dónde provenía el mito de Trapananda, que era el lugar en donde estaba oculto el tesoro, pero a la vez, según la creencia popular de Maripil, era el sitio en donde el diablo había perdido el poncho, así que ningún hombre podría descubrirla ni mucho menos ingresar allí. A menos que le hubiera entregado su alma o que ya estuviera muerto.

Smith y Otto, en la cabina de mando, y cada cual en su libro personal, meticulosamente con una regla trazaban y registraban con un lápiz la hoja de ruta de a bordo, y Gansser en su bitácora marcaba como un reloj, disciplinadamente, las actividades de cada día: lunes, martes, miércoles... con las mismas clásicas metodologías, utilizadas también por Darwin, un siglo antes cuando navegó por las mismas aguas.

Al pasar los días, sólo inquietan a los hombres las largas horas de viaje en medio de la nada, sin punto de referencia en el océano tan pacífico el tiempo parece estar detenido, y lo peor es que, desde que acudieron al llamado de Freddy, continúan desconcertados y sin saber donde están. Smith y el indio Maripil jugando brisca todo el santo día y Gansser como el teniente Canaris del *Dresden* siempre leyendo esos libros de Darwin. Aparte de ellos no han visto a nadie más a bordo del Boca Maule que parece un barco fantasma navegando solo en otro mundo.

Es que navegar en tiempos de paz no es igual que en guerra— les dice Gansser. Deben tener paciencia, sin referencia alguna más que la línea del firmamento entre el cielo igual, y el mar igual, les parece el navío estático, e incluso no avanzar y les invade la irritabilidad de la inacción.

El Boca Maule, era uno de los vapores de la compañía con todas las comodidades que la tecnología de aquel tiempo les podía brindar, por si al llegar la noche, la atmósfera refrescaba excesivamente en sus camarotes, solo tenían que dar vuelta con dos dedos a una llave y el aire se calentaba. Si el mediodía les resultaba demasiado caluroso, tenían a un paso los ventiladores que refrescaban el aire, y unos pasos más allá les

esperaba una ducha con agua tibia o helada para refrescarse. En la mesa de los comedores, a pesar que nunca vieron cocinero alguno, siempre había comida y bebida fresca y todo cuanto se les antojara, pues se sentían como pasajeros del Titanic y para ellos, de todo había, en este paraíso creado por Freddy, que era como un avatar traído por las manos de los dioses. Si se les apetecía, podían estar solos y leer libros de Homero, de Nietzsche, de Verne o pedirle a Gansser los libros de Darwin, o jugar brisca oyendo las aventuras del suizo atravesando Nepal, o gozar de una amena conversación con Maripil quien les hablaba de Ngenechen mientras saciaban su sed con el whisky escocés que había traído Smith.



*Vapor Federico Schwager I
Construido en Dublín en 1921*

Bastaba subir unos pocos peldaños, dar unos veinte pasos, e increíblemente la dócil chispa saltaba del telégrafo y llevaba mágicamente el mensaje a cualquier parte del mundo gracias al electromagnetismo y sus ondas descubiertas por Maxwell. Y lo mejor era que al cabo de una hora, milagrosamente mediante esas ondas y desde donde sea, el mensaje era correspondido. Todo lo que había sido utopía para Darwin ayer, era carne y sangre hoy en día.

Y en aquel instante cuando ingresaban a ese mundo encantado Gansser exclamó:

¡Trapananda! — ¡Trapananda! ¡Al fin!

Y entre la algarabía de a bordo, qué bello y perfecto pero que extraño a la vez les pareció aquel lugar que invitaba a gozar, a ese gozo que genera el juego de la búsqueda y de la lucha. Trapananda les sonaba como un lugar de otro tiempo, como situado en la rivera del canal de la fantasía, como esos lugares imaginados por Ray Bradbury en sus crónicas marcianas. Les sonaba como entonación de una canción, e incluso encontraron sentido a la hipótesis de Freddy, pues parecía verdaderamente palabra oriental, tibetana o india, o como traída por Zheng He, en su flota del tesoro. Seguramente—pensaban, ésta palabra intrigante le había llamado la atención a Freddy, sonaba como aquella Trapisonda de ese imperio asiático legendario que aparece en la novela del Quijote. En ningún libro habían leído alguna palabra que se le pareciera. Quizá algún escriba aficionado a los anagramas la incluyó en los Newen Zeitung y en un documento del siglo XVI para burlarse de la gente.

Pero Gansser decía que no; que tanto Freddy como Nazir y él mismo la habían investigado, y visto en los

escritos del siglo XVI, así que no era posible dudar de su uso generalizado como denominación de una ciudad oculta, en algún lugar de la región que hoy llamaban Aysén.

William Jones (1746-1794) lingüista e investigador de la antigua India, célebre en particular por su redescubrimiento de la familia de las lenguas indoeuropeas señaló que Trapananda había constituido para él, el más espantoso laberinto lingüístico estudiado en su vida, los vericuetos significacionales asociados a ella, no lo llevaron a ninguna parte. No obstante, Freddy sabía que para los kawéskar significaba *“algo que se interna más adentro de la tierra”* lo cual podría interpretarse analógicamente a una alusión ancestral referida a un lugar situado hacia el interior de la cordillera de los Andes, pero como nunca se había podido encontrar Freddy pensaba que debía interpretarse de otro modo. Así como el electromagnetismo se puede explicar mediante la teoría de ondas o la teoría cuántica, así también dicho lugar se podía encontrar tomando el camino alternativo de la física convencional. Al fin y al cabo, por alguna razón indescifrable el teniente Canaris ya había dado pistas de ello señalando a su regreso de los fiordos del sur en 1915 diciendo que: *“La humanidad aún no está preparado para aquello”*.

¿Pero cómo y de dónde los españoles y los indígenas de Sudamérica podrían haber inventado un mito como ese?—se preguntaban.

Pero Gansser sabía que aunque la hipótesis de Freddy pareciera irracional algo tenía de verdad pues hasta el mismo Arquímedes había dicho en su tiempo que una mirada hacia atrás valía mil hacia delante.

Y lo cierto es que Freddy tenía información que le había

legado su tío Fred referida a que los sumerios podrían haber visitado Sudamérica en el pasado pues poseía topónimos sumerios fechadas el 2.500 A.C y que al compararlos con las escrituras encontradas por Gansser en el altiplano boliviano se dio cuenta que eran idénticas y que correspondían a esa misma fecha. Esto le hacía pensar a Freddy que el conocimiento y la tecnología que disponían los sumerios y que les había permitido construir las grandes pirámides de Egipto también existían en Mesoamérica y en el altiplano boliviano al mismo tiempo (3.000 A.C). Estas antiguas inscripciones sumerias hacían referencia a una lugar que Freddy había traducido como "*La tierra del ocaso*" y que creía que podría ser lo que hoy se conoce como Bolivia y Perú, y que era de donde los sumerios podrían haber extraído y transportado valiosos metales ya que eran expertos navegantes pues sus barcos navegaban hasta Egipto, noreste de África y Valle del Indo en busca de metales y mercancías para abastecer su industria.

Los textos cuneiformes escritos sobre tablillas y que habían sido propiedad de Fred aseguraban que los barcos *magur* de los sumerios podían transportar hasta dieciocho toneladas de metales preciosos. Freddy creía que aprovechando las corrientes atlánticas que fluyen desde África hasta Brasil los primeros exploradores sumerios podrían haber alcanzado Brasil y remontado el Amazonas hasta hallar grandes depósitos de Estaño en Bolivia y Perú y así los nativos probablemente comenzaron a trabajar en esas explotaciones mineras y adoptaron muchas costumbres sumerias, expresiones de su idioma y la tecnología social de la escritura, es decir, el alfabeto proto-sumerio que les permitió levantar las grandes ciudades de piedra cuyos vestigios aún se

encuentran repartidos por los Andes y Mesoamérica. Esto implicaría que la escritura habría tenido una larga tradición sumeria entre los pueblos de Bolivia y Perú porque la cordillera de los Andes era conocida originariamente como Antisuyo que es una palabra quechua que significa reino de los Antis y cuya palabra Antis significa Cobre en el mismo idioma. No obstante, la palabra Antis no tenía un origen quechua sino *chipaya*, otra lengua indígena hablada en la zona pero mucho más antigua y diferente del quechua y el aimara. El *chipaya* estaba estrechamente emparentado con las lenguas mayas aún habladas hoy en día en México lo que establecía la similitud de conocimientos y formas de gobierno entre Viracocha en los Andes y Quetzalcoatl en América Central. Todo encajaba, además Gansser le informó a Freddy que cerca del lago Titicaca existía un lago llamado Uru cuya ciudad Ururu estaba situada cerca del mismo. Uru en sumerio significa ciudad. No había dudas, para Freddy, que esta ciudad sugeriría un origen sumerio. Pero las coincidencias no terminaban allí, era interesante el hecho de que uno de los centros principales de extracción de minerales fuese Potosí, que es famosa por sus depósitos de Estaño, y cuya palabra Patesi, en sumerio significa rey-sacerdote, y que en aquellos tiempos, pertenecían a la élite que gobernaban las ciudades sumerias.

Potosí está cerca de Tiahuanaco, y en la actualidad, continúa siendo un centro minero para la extracción de estaño, cobre, plomo y plata, pero nadie sospecha que Potosí podría haber albergado, un asentamiento sumerio, en épocas antiguas, constituidas por las ciudades de Ururu y Corocoro. Los metales extraídos en el altiplano habrían sido transportados a lo largo del río

Pilcomayo hasta el Río de la Plata. Luego, los metales obtenidos en Bolivia cruzaban el Atlántico hasta la antigua sumeria. Una excelente ruta para el envío de metales desde el altiplano sería el curso del Río de la Plata cruzando el Atlántico hacia el Este y remontando el Cabo de Buena Esperanza en dirección del océano índico hasta alcanzar el Golfo Pérsico.

Pero esta información primaria no daba indicios de la existencia de Trapananda, y aunque lo que había comenzado con una investigación curiosa de parte de Freddy, y que al ir escribiéndola se había convertido en teoría, faltaba indudablemente encontrar el tesoro, la evidencia, la demostración. Y aunque Freddy sabía que esta búsqueda era como intentar determinar la posición de una mosca con los instrumentos de una tortuga, le bastaba solo una hebra que le permitiera desenredar la madeja del misterio y ésta la encontró en los Quipos. Los Quipos era un sistema de escritura o más bien un registro que utilizaban los incas mediante un palo de los cuales colgaban hilos con nudos y piedras de colores. Durante la conquista fueron quemados o destruidos por los sacerdotes españoles como un modo de no dejar rastro de la cultura invadida e imponer la del invasor. Sin embargo, algunos Quipos sobrevivieron gracias a los chamanes, y aunque cada tribu utilizaba los Quipos para registrar sólo su propias leyendas e historias, todos los encontrados posteriormente por los jesuitas coincidían en un hecho común, y que era el mismo acontecimiento escrito por el clérigo Cristóbal de Molina en el siglo XVI referido a que a la muerte de Atahualpa por Pizarro una dinastía de treinta mil incas habían huido hacia Chile por el despoblado de Atacama y con el conocimiento para construir una ciudad, pero

al no poder establecerse en el territorio central por ser mapuche y gente belicosa, continuaron hacia al sur, pero nunca se supo a dónde fueron a parar. La ciudad que construyeron resultó tan grande que tardaban dos días en cruzarla.



Quipo
Inca

Por eso Freddy no sólo buscaba el tesoro del *Dresden* sino que también a Trapananda, allí yacía la inmortalidad que intuía Arquímedes y Leucipo de Mileto (500 A.C.), por el camino de la atomicidad del alma. Pero esto no era solo filosofía o un aforismo sino matemática real, pues los científicos modernos ya habían demostrado que el tiempo del mundo cuántico se representaba como una flecha de dos puntas que se dirigía tanto hacia adelante como hacia atrás, mientras que en el mundo clásico la flecha es solo de una punta debido a que el tiempo sólo se ejecuta hacia adelante.

Freddy había leído los informes de Canaris quien decía que Trapananda no era un mito, ni un tabú, o un enigma inventado por los Incas para desviar la atención de los conquistadores hacia el sur, y para que en su

paso se enfrentaran a los terribles mapuches, sino que la palabra ocultaba un tesoro en sí misma pues afluía en la lengua del sur de Chile en donde aún la reconocen y habitan.

Pero Freddy no sólo se focalizó en las palabras ancestrales, sino también en los símbolos primitivos. Uno de aquellos fue la suástica, existía tanto en el Tíbet como en la cosmología de muchas culturas ancestrales, incluyendo la mapuche.

Todas estas coincidencias como la suástica cuya existencia primera data de los pastores preiránicos de hace 7.000 años, eran utilizadas también por los arqueólogos alemanes como argumento generalizado de que las culturas del pasado con origen Indoeuropeo utilizaban este símbolo sánscrito pues todos provenían en mayor o menor grado de una raíz cultural común y que eran los protosumerios.



Kultrun mapuche

Freddy estaba consciente de los importantes avances de los arqueólogos alemanes quienes ya no tenían dudas respecto a la relación de Viracocha, Quetzalcóatl, Odín, Buda y todos ellos con Venus, tal como lo había formulado el lingüista inglés Jones y luego Humboldt.



Suástica sobre un relieve tibetano en una fotografía tomada por la expedición alemana al Tíbet a inicios del siglo XX. Los antropólogos alemanes buscaron pruebas en esta región que apoyase sus teorías pseudocientíficas que apoyasen la conexión de las etnias Indoeuropeas a través del mundo.

Era evidente que todo no podía ser una coincidencia. Por otro lado a Freddy le llamaba enormemente la atención que el lugar del fiordo en donde Otto decía que era en donde habían ocultado el tesoro se denominara Bután, cuyas consonantes al oído suenan casi igual: Votan (Quetzatcoatl), Boutan o Butan (Buda), Wötan

(Odín) y Butan que en mapudungun significa *grande*. Asimismo había concluido que dicha palabra se había castellanizado de su palabra primitiva mapuche que era Fütan que a la vez provenía del chino Fu-Tao que significa *padre creador*.

Era sorprendente para Freddy, que esta palabra existiera en continentes tan distantes y que su fuente primigenia –según el sacerdote francés Charles Brasseur (1814-1874), considerado uno de los pioneros en el estudio de la arqueología, la etnología y la historia precolombina señalaba que Butan (Votan) era un antiguo legislador fenicio que había emigrado desde el Oriente Medio a la zona maya en donde habría construido la ciudad de Palenque.



Viracocha (Votan Andino) – Quetzalcóatl (Votan Maya)

No obstante, era probable que haya llegado a Sudamérica primero y luego a Mesoamérica, las ciudades Americanas con pirámides de piedra más antiguas se encuentran en Caral situada al noroeste del Perú con una data de 3.000 A.C. y las de Yucatán, solo se desarrollaron recién en el 1.500 A.C. Este dios representaba muy bien la dualidad humana, sus limitaciones materiales, del cuerpo físico a través de la serpiente y sus cualidades espirituales a través de las plumas.

No era coincidencia tampoco que para los mayas, los mapuches, los budistas y los escandinavos, ésta deidad se le interpretara como un viajero en el tiempo, con el conocimiento que les permitía proyectar el tiempo con relojes de piedra, comprender el movimiento de las estrellas y construir pirámides con las piedras cortadas como con un láser. Era como una corriente de energía, el *padre creador y transportador* de vida, de información y de inteligencia que muta, transmigra o se transporta de un sistema a otro.

Pero, aunque Freddy sabía, que la mayoría de las etnias indígenas primarias de Sudamérica, descendían de olas migratorias de más de 20.000 años de antigüedad, tanto de Siberia, Asia Central, Oceanía, del sudeste asiático y del Océano Pacífico Sur, el recorrido que siguieron sus migraciones, así como las fechas aproximadas, eran todavía materia de debate.

Estas migraciones venidas de Asia era la causa de algunas semejanzas formales y de contenido entre algunos vocablos de la China y el mapudungun cuya conexión no podía ser casual. Sin aseverar que los mapuches descendían de los antiguos chinos, Freddy sabía que algunos aspectos de la cultura china antigua sobrevivían en el Chile indígena contemporáneo

mediante cosmovisiones similares como el Yin-Yang en el oriente y la de los opuestos complementarios del Kai-Kai y el Treng-Treng en la cultura mapuche, y otras palabras mapuches de proveniencia china. Dicha conexión sugeriría, cuando menos, un intercambio cultural de naturaleza notable, dado el tipo de vocabulario involucrado; en el más ambicioso de los casos, dicha conexión indicaría que al menos parte de quienes hablaban la lengua que después se transformaría en el mapudungun eran chinos.

Había hallado también coincidencias lingüísticas entre el nombre chino de mujer con el nombre que los mapuches dan al aspecto materno de la divinidad. El mapuche concibe a Dios —*Ngenechen*— como padre y madre, que es la misma naturaleza concebida con su poder creador universal, dando al primer aspecto el nombre de Fücha, mapuchenizado luego a Fütä; Fután y finalmente castellanizado por los jesuitas como Vutan, Bután o Votan, y al segundo el nombre de Kushe o Kuse, nombre que mucho se asemeja al espíritu femenino chino denominado Ku Shen.

La denominación mapuche Fücha que corresponde al aspecto paterno de Dios, —*padre creador*— y con la cual se alude también a un anciano muy entrado en años, es por su origen tan enigmática como la anterior Kushe. En lo que se refiere a la denominación Fücha, ésta podría descomponerse en los monosílabos Fu y Chao (Tao), que en chino corresponden a las palabras Fu: *creador*, y Chao: *padre*. En idioma mapuche también la palabra Chao tiene una connotación de padre.

Freddy y Gansser concluían, que estas palabras mapuches que se identifican como *fücha* y *kushe* provenían de algún modo de vocablos chinos.

Como Freddy, no disponía de información antropológica, tuvo que leer todos los pergaminos de los sacerdotes de la época que lograron conseguir con Nazir. Gansser, por otro lado, trajo algunas copias de los textos encontrados en las bibliotecas de Colombia, en la que el obispo Núñez de la Vega, en algunos fragmentos, cuenta en forma confusa, que Votan había construido Palenque y realizado cuatro viajes desde el Oriente Medio a América – ¡Sumeria!—exclamaron todos.

Estos escritos, coincidían con lo expresado por Alexander Von Humboldt, en su recorrido por América, en donde afirmaba una cierta relación entre Votan y Odín, y la había manifestado ya en su obra *“Vistas de las Cordilleras”* publicada en 1810.

Sobre esto Humboldt dice: *“Odín y Buda son probablemente la misma persona, porque es curioso ver los nombres de Boutan, Wotan y Votan en la India, Escandinavia, y en México en un breve y mismo período de tiempo.”*

El resto de la información adicional, referida como los objetos rituales asociados con Votan, se perdieron a la llegada de los españoles, fueron retirados de los santuarios y se quemaron en la plaza principal, por el sacerdote Diego de Landa, y luego por Núñez de la Vega en 1691, por considerarlo una alegoría al demonio. Pero los Quipos sobrevivieron y sin ellos jamás se hubiera llegado a disponer de tanta información.

Por eso, la búsqueda de Trapananda era irrenunciable, sea como sea aquel misterio inverosímil constituía para Freddy una pasión intelectual, y fue así que el Boca Maule en los últimos días de Octubre de 1937 siguió su curso, y al llegar al archipiélago echó al mar el Terrapin MK1 y otro bote a remo, al cual comenzaron a traspasar la carga prolijamente, a pesar que se movían como

cáscara de nuez en la bañera de un niño.

Dejaron oculto el bote anfibio entre los árboles, y se internaron, remando silenciosos, por un canal, en busca del enigmático fiordo, cuyo nombre Bután, también era un misterio.

Hacia al interior de los canales y por rededor de los islotes no vieron absolutamente nada ni a nadie, así que regresaron por el MK1 y levantaron allí el campamento base, dejando oculto en el bosque algunas provisiones, tambores y neumáticos debajo del bote a remo que voltearon con el fin de volver por ellos más tarde, cuando se necesitasen.

El Boca Maule se retiró hacia altamar perdiéndose a la vista de los hombres, como una vela su luz se fue apagando, su motor también se fue acallando, todos lo siguieron con la vista y se quedaron inmóviles allí, como náufragos arraigados por el desconuelo al suelo, hasta que al doblar en la primera punta tomó latitud sur y no se le vio más.

Al llegar la noche y ya a merced de aquella tierra de brujos, la naturaleza húmeda, impávida y desconocida no les dejó ver ningún rastro de civilización, y al amanecer les envió una lluvia torrencial con olor a azufre y con nubes negras como humo de carbón como si hubiese decidido atormentarlos todo el día.

Navegaron sigilosos en el MK1 por aquel canal y luego hacia el interior del archipiélago bajo una lluvia torrencial y al llegar la segunda noche estrellada, fría y tranquila, se percataron de lo insignificante que eran ante la majestuosidad de las cumbres que rodeaban los fiordos y esos acantilados cortados a pique que transformaba el paraje en un lugar maravilloso pero silencioso y bucólico, y cuando se acallaban las

conversaciones, oían el canto de un pájaro misterioso; canto que durante el día no se había escuchado. Era un graznido fuerte, intenso, grave, estridente, pero breve.

Al amanecer del tercer día el paisaje los sorprendió con su belleza. Era como un cuadro de Helsby pintado después de la lluvia cuando comienza a soplar el viento del suroeste que deja ingresar al sol, lo libera todo y a su paso arrastra las nubes del cielo hacia el norte.

El cielo parecía estar lavado, de un azul intenso como agua celestial que se replicaba pura y transparente en los fiordos que parecían de cristal; la atmósfera se vestía de luz, las cumbres blancas de los Andes parecían haberse acercado, los colores adquirían un tornasol maravilloso y las almas de esos hombres parecían hologramas virtuales de partículas en una dimensión paralela donde podían encontrar al fin el descanso y el gozo.

Fue mágico entonces en ese ambiente sin lluvia, de luz y paz, largar el MK1 por esos canales sin orilla al filo de los acantilados que caían casi en ángulo recto hacia el mar, navegando a medio motor hacia el interior del continente y respirando el aire limpio a todo pulmón que refresca y vigoriza.

El MK1 parecía desaparecer con los hombres y parecían esfumarse también las preocupaciones cotidianas, ya no les importaban sus familias, sus amigos, sus trabajos ni ese mundo clásico que habían dejado atrás. Era entonces cuando la naturaleza se mostraba de mujer y seducía a los hombres bajando de las cumbres nevadas de los Andes que brillaban como novias con velos de plata, y abajo, entre sus faldas, en lo profundo de las hondonadas, entre las sombras oscuras brillaban los copihues rojos, húmedos al candor prohibido de las chispas de plata. Y el color lujurioso que vestía todo aquello producía en

las aves y animalitos que crecían allí, la esperanza de un mundo nuevo y mejor. Podían aquí al fin las almas de estos hombres aplicar verdaderamente la cita que Otto había leído de Nietzsche que dice: *¡Despierta!*; o la otra de Verne que dice: *¡Abre los ojos y mira!*

Y al ir orillando las riberas en el bote, al no encontrar playa en donde recalar tocaban con sus dedos las paredes rocosas de los acantilados, y en las angosturas había que retener la respiración, parecían catedrales de donde emanaba ese canto hipnótico proveniente de las vertientes, era el canto de ese pájaro que se oía desde lo profundo de los abismos y hondonadas.

Debe ser un ángel que nos llama—decía Otto.

Eran ágiles gorgoritos con dejes metálicos, como notas producidas al golpear un serrucho en flexión.

Entonces los hombres apagaban el motor del MK1 para oírlo y gozarlo.

Era como un golpeteo con infinitas tonalidades.

Otto que había vivido en Casma, comparó ese canto, esos gorgoritos, con el ruido producido por el entrechocarse de los palos en el juego de la hueca, y Smith dijo que parecía el ruido de la carambola al jugar billar en el Club Social Maule de la carbonífera Schwager.

Maripil no compartió esas comparaciones, esos ruidos, el de la hueca y el del billar son ruidos muertos, ruidos sin alma. En cambio los ruidos de la naturaleza, del viento, de la lluvia, del mar, no son ruidos, sino voces que les hablan y que sólo deben aprender a interpretar—señaló.

Maripil, como hombre campechano, dijo, que esos gorgoritos era el canto del chucao, un pajarito que habita entre las quilas que crecen en el fondo de los abismos, solitario en las quebradas y hondonadas,

oculto siempre en lo más denso del ramaje y lo que quería era protegerlos, que lo siguieran, o al menos ser oído, él estaba diciéndoles o advirtiéndoles algo, pero no sabía qué ni a quién.

¡Quizá nos está guiando hacia la isla de los muertos!—dijo Gansser, al tiempo que se miraban todos de un modo irónicamente siniestro, burlándose del supersticioso Maripil.

Gansser, dijo que nunca en su vida escalando montañas, ningún recuerdo le parecía con mayor vivacidad o nitidez, que el maravilloso canto de ese pájaro fantasmal, parecía ser celoso de su pasado y de su presencia. Maripil, dijo que según la creencia mapuche era un pajarito agorero, de la buena o la mala suerte dependiendo del lado al cual cantara. A la derecha buena suerte, que se iba por buen camino. Y si cantaba a la izquierda significaba mala suerte, que se había perdido el rumbo.

Entonces ese canto misterioso fue advirtiéndolo a los hombres mientras se internaban más allá de los canales, en lo profundo de los fiordos. De pronto y en medio de la niebla apareció un precario palafito. Habían pasado más de veinte años desde que se había ocultado allí el *Dresden*, y no le pareció extraño a Otto encontrar allí, en donde antes no había nadie, a un humilde matrimonio de pescadores con dos preciosas hijas. Era un paraíso escondido en donde vivían dedicados a la pesca artesanal y que en aquella fecha correspondía a la merluza.

Desembarcaron y caminaron pausadamente hacia el palafito en donde los recibió don Melchor, un pescador muy humilde ya entrado en años, de cabellos cenicientos pero aún con mechones dorados, tuerto, barbudo y aspecto de alemán, pero que curiosamente hablaba

como chilote. Después de mirar curioso el MK1 que parecía una máquina voladora traída de otro tiempo, rodaba como camión por la playa y flotaba como lancha en el agua, extrañado y algo sorprendido les dijo: — ¿Que hacen aquí?

Venimos en busca de un tesoro—respondió Gansser con ironía socrática, es decir diciendo una verdad como si no la fuera.



Bote anfibio Terrapin MK1 saliendo de un fiordo.

Pero para sorpresa de todos, este señor con su pintoresco modo de hablar, luego de saludarlos muy cortésmente, los hizo pasar al pequeño living del palafito en donde les contó que cada noche anterior al 1° de noviembre —*día de los muertos*—, llegaba navegando entre la niebla y hasta la orilla de la playa un bote misterioso con un grupo de hombres con aspecto de hombres rana. Cenaban y compartían un rato con él, a la mañana

siguiente echaban el bote al agua y se internaban en la bruma hacia el interior de un fiordo pero nunca supo en cual. Decían que buscaban la posición de un tesoro, pero siempre sufrían accidentes y desgracias, por lo que desistían en su búsqueda, pues consideraban que la naturaleza protegía aquel tesoro por alguna razón, mediante un maleficio, o para protegerse así misma de alguna paradoja científica creada por los hombres. Lo curioso es que cada año otro grupo regresaba, la misma fecha, pero cada vez volvían a accidentarse y se marchaban sin llevarse nada.

Luego, y con su ojo bueno dirigió una suspicaz mirada hacia los fiordos y a través de la ventana señaló que al parecer, eran ex tripulantes de un barco alemán que según cuentan habría escondido un tesoro en uno de aquellos fiordos, así que lo que él sospechaba era que estos señores lo buscaban, pues según se decía, el comandante del buque al terminar la primera guerra, habría enviado comandos secretos a rescatar el tesoro ya que al estar en aguas territoriales chilenas, el tesoro pasaba a pertenecer al estado chileno, así que los que lo buscaban, lo hacían en forma ilegal y si lo encontraban, no podrían apropiarse legítimamente de él.

Bueno—dijo don Melchor con una sonrisa maliciosa—pero este año son ustedes los que vienen.

Otto y los hombres se miraron entre sí sorprendidos por la historia de don Melchor. No podían creer lo que estaban escuchando, y antes que cualquiera pudiera decir palabra alguna, abrir la puerta y salir huyendo, se contuvieron, y con la misma cortesía con que los saludó, el viejo chilote les conminó a mantener la calma y los invitó a pasar al comedor el cual estaba asentado en los gruesos maderos del palafito y sentían que al

subir la marea, las aguas acariciaban la parte baja de las habitaciones.

Cuando ingresa la espesa niebla por el fiordo, abro la ventana de mi dormitorio y me divierto escuchando conversaciones de Darwin con Fitzroy, desde esa isla que lleva su nombre —les dijo don Melchor.

Perdone —le respondió Otto— pero eso es imposible; ambos están muertos y las casas de isla Fitzroy distan cientos de kilómetros al sur de aquí; me imagino que está bromeando.

Don Melchor y sus hijas sonrieron ante el escepticismo de los hombres pero luego prosiguió.

—Señores, ustedes no conocen Aysén y mucho menos Trapananda; en este lugar las voces y las personas atraviesan intactas los fiordos como mantras gracias a los brujos que graban en el aire las conversaciones de los vivos y, a veces, desde Trapananda nos traen el mensaje de los que ya están muertos.

— ¿Está usted loco? —le dijo sarcásticamente el altanero Gansser en su impaciencia.

Mire joven irreverente—dijo don Melchor algo enfadado. Aquí en el sur el mundo es muy otro y no inventamos absolutamente nada. En estas latitudes se experimenta una realidad con algo de magia al alcance de la mano. Es una dualidad prodigiosa y que corresponde a un mundo maravilloso que los hombres no han podido develar en plenitud, y por lo visto, ustedes como los otros tampoco están preparados para aquello. La realidad aquí y la fantasía constituyen un mundo tan indisoluble que hasta los muertos habitan un espacio en el cual, mediante portales, podemos ingresar y comunicarnos o transportarnos en ocasiones especiales, a veces sí y a veces no, siempre ha sido así y

así será—dijo don Melchor.

Los hombres se abstuvieron de reírse del pobre viejo que hablaba con los muertos pero tampoco atinaron que decir, así que luego de un breve silencio don Melchor les entregó un añoso cuadernito para que escribieran algo, y dejaran allí un recuerdo de su paso, pero como la misión era secreta, en vez de escribir, uno por uno dibujó una caricatura del rostro de cada cual.

¡No importa! Yo entiendo— ¡Pero aunque ya estén muertos vivirán aquí por siempre, en este cuadernito!— les dijo.

Luego de bromear con las lindas hijas de don Melchor y reírse un rato con ellas por las caricaturas que habían esbozado en el librito, la esposa de don Melchor les sirvió una cazuela de merluza con sopaipillas y café, y después de una amena conversación con toda la familia se despidieron agradecidos, retirándose al campamento casi al anochecer.

Al día siguiente fueron a despedirse de don Melchor y Otto quiso entregarle dinero en compensación a sus atenciones, pero lo rehusó.

¡Aquí el dinero no sirve de nada y por lo visto lo necesitan más ustedes que yo!—les dijo, mirando detenidamente a Gansser.

Se fueron adentrando en la niebla del fiordo aquel primer día de noviembre, navegaron suavemente con las primeras luces del alba y pensando qué les habría querido decir don Melchor respecto al dinero: *“lo necesitan más ustedes que yo”*.

Gansser dijo que Otto le había ofrecido muy poco; Smith dijo que tal vez era un millonario excéntrico, un ecologista que había elegido vivir lejos de la idiotez de los hombres. Otto señaló que tal vez habían dado la

impresión de necesitados, de vagabundos, fugitivos o que habían dado lástima por alguna razón. Finalmente, Maripil dijo, que simplemente aquel hombre había querido decir lo que precisamente expresó, que no requería nada, que todo lo que necesitaba para ser feliz estaba allí, y eso era su tesoro.

Navegaron todo el día intentando darle tiempo a Otto para que recordara aquel lugar, el del tesoro, pero no es fácil para el ex tripulante pues más de veinte años han transcurrido desde entonces.

¿Quiénes podrían haber sido ellos? Los señalados por el loco Melchor—se preguntan. ¿Habrían encontrado el tesoro ya? —parece inquietarle a todos.

A la incertidumbre se suma el laberinto de los fiordos que parece no tener fin, y en repetidas ocasiones se sorprenden, algunos salen al mar abierto en vez de penetrar al interior. Retornan con mayor ahínco por otros canales a la maraña del archipiélago. La ruta que parecía fácil en los mapas de Freddy en realidad es intrincada y el alma se les turba como transpiración helada. El aventurado viaje se les vuelve quimérico, más adentro cada vez, teniendo por única compañía el salvaje himno incomprensible del viento que zumba y chilla frío entre los acantilados y a la vez tenebroso y sombrío. La aventura se torna peligrosa ya que los fiordos no se parecen al mapa de Freddy, que debe estar desvelado en su cuarto, esperando que salga el sol.

Ora alargándose, ora replegándose en las más singulares formas, se ven esas bahías grandes y pequeñas, cuyas profundidades son difíciles de precisar, erizadas también de grandes y pequeños islotes, sembradas de bajíos y rocas; tres, cuatro veces, a derecha o a izquierda, los fiordos nunca dejan de ramificarse y

nunca se sabe cuál es el buen paso, si el que va hacia la izquierda o a la derecha, el que está allá delante o el que quedó atrás. Hay que evitar los bancos de arena y sortear los peñascos, para colmo el sol se ha ido y el viento enemigo, incansable, vuelve a barrer los fiordos en súbitos torbellinos que agitan las aguas y corta la cara. Se lee en sus rostros las leyendas de este singular lugar que ha sido por siglos el terror de los navegantes e incluso ellos mismos creen ahora desfallecer. Será culpa del frío que reina siempre con el viento que proviene desde todos los puntos del espacio.

Son siete horas ya de búsqueda, y la poca luz que existe allí desaparecerá pronto, en el inhospitalario archipiélago, en donde, la naturaleza ha espantado al sol que se ha ido para siempre, pero todavía nada, y nada prueba mejor el arte náutico de Otto que el haber mantenido sin encallar el MK1 y sin reventar neumático alguno contra las rocas filosas que son como navaja de afeitar. Navegar requiere de la paciencia, la incommovible precaución y previsión que a Otto le sobra, y así llegan perseverando en su confiada exploración, conscientes de la incommensurable tarea que les ha encomendado Freddy: Encontrar el camino o seguir penando para siempre.

No se apresuran, no se impacientan, por mucho que palpiten en lo íntimo el ansia de ver, en cada cruce reparten su mirada buscando la cascada, ese torrente vasto de vida, impetuoso y fresco como Zarahustra de la montaña, esquivo como serpiente pero orgulloso como águila. Cada vez que Otto bordea un fiordo a izquierda, los otros avizoran simultáneamente hacia la derecha, adelante y atrás. Como si supieran que les ha tocado nacer en un planeta cuyas constelaciones no les

permite creer en los azares venturosos, así que ni una sola vez confían a la casualidad la elección entre los muchos fiordos. Aquí nadie cree en los santos ni en la virgen o en los milagros que llegan del cielo, no es cosa como quien echa una moneda a cara o cruz; siempre buscan y escudriñan mapa en mano, y van tachando por descarte todos los fiordos recorridos para hallar al fin el verdadero, el único, allí está la cascada, y así, triunfa a la vez su genial y poderosa, y la más suya de todas las virtudes: la perseverancia.

Capítulo IV

Había anochecido aquel 1° de noviembre, y Smith dice, que es preciso continuar mañana, la pasión de Freddy no significa arrojarse sobre el fiordo y atacarlo impulsivamente, sino al contrario: buscar algo en ocasiones es en extremo riesgoso, por lo que amerita el máximo de precaución y cálculo. Los planes más atrevidos de los Schwager, siempre se forjaron como el buen acero, sí, en la llama de la pasión, pero endurecido luego en la reflexión más moderada; y solo así triunfaron y levantaron *Antulicán* ante todos los peligros, gracias a esta mezcla de fantasía y precaución.

Y es así, que al día siguiente, despiertan con el chasquido de graciosas toninas, que pasan saltando frente al campamento, los hombres zarpan en el MK1, rumbo a la cascada, para recoger agua dulce, mientras se agitan misteriosamente las aguas ante la ausencia absoluta de viento, la corriente de marea fluye desde el fiordo hacia los canales y desde allí al océano, y tan poderosamente como una batidora gigante que hace difícil avanzar, como si el fiordo se estuviera vaciando.

Luego, una fina lluvia arremete intermitente y un tedioso viento norte de la nada aparece, el cielo se vuelve más gris, las olas más violentas y las paredes cortadas a pique los deja sin orilla para desembarcar, haciendo la situación angustiosa.

Luchan contra el mar, y el cortante frío cordillerano y el gélido viento que arremete siseante por la boca del fiordo. Recalan en la punta de playa, en donde estruendosamente cae la cascada, y sorprendentemente, al desembarcar, calma el mar, cesa la lluvia y sale el sol, como si la naturaleza se mofara de los hombres.

Se internaron caminando en el impenetrable bosque nativo haciendo senderos para derribar los árboles más adecuados y construir una balsa como habían planeado. Al siguiente día ya tienen la primera parte de la balsa terminada, los botes de goma y el bote anfibio son inoperantes para este tipo de maniobras. La balsa, como plataforma de casi tres metros por lado, es ideal para toda operación de salvataje y tiene un boquete cuadrado en el centro, permitiendo la bajada de un cable acerado, enrollado a un carrete que parece tambor. Una manivela manual, permite enrollar el cable en el carrete, que también puede ser activado, por un huinche energizado mediante un compresor.

El tesoro fue izado desde la sentina del *Dresden* mediante la grúa de montaje de torpedos, lo que les hace suponer que el encofrado hormigonado tendrá un peso no menor. Al siguiente día, Smith y Maripil regresan al campamento base, en busca de neumáticos y tambores, para acoplarlos a los costados de la balsa, con el fin de lograr mayor flotación.

Vuelve a llover copiosamente durante días y se desata un frío que se mete bajo las vestiduras calando hasta los huesos, obligándolos a guarnecerse. Como consuelo, piensa Otto, que servirá para dar tiempo al retorno de los camaradas, mientras Gansser podrá subir de nuevo a sus montañas a recopilar piedras metamórficas como Darwin.

Otra mañana cae de nuevo grácil la lluvia que no cesa, el MK1 con los tambores de apoyo ha regresado, y todos intentan ahora en aquel amanecer levantar la pesada balsa para montar los neumáticos que han descargado en la orilla. Trabajan el día entero atando troncos, fijando neumáticos y tambores que enlazan luego a la boya anclada por Otto. La lluvia de los días pasados ha aumentado el caudal de las vertientes y el feroz torrente de la cascada hace del entorno una bóveda estruendosa indescriptible.

Realizan pruebas de inmersión en espera del siguiente día, pero al atardecer, durante la recolección de leña, canta el chucao a la izquierda del campamento. Se miran entre sí, aunque sin decir palabra alguna. Llega la noche y con ella el viento que proviene de lo profundo del fiordo, comienza a ladrar como perro furioso. Durante horas aúlla como huracán, las olas arremeten y revientan en la boca rocosa de la playa, las carpas rompen sus ataduras y como las perdices salen volando desprotegiendo a los hombres y luego el mar se sale también inundando la orilla en donde han emplazado el campamento. Y así continúa el tifón durante toda la noche hasta ahogar la voz de los pobres hombres que ya no les queda aliento para hilar cualquier acción, ningún pensamiento e incluso sensación.

Pero, no es de extrañar este clima a los hombres, pues Gansser les había advertido, que hace 10.000 años, Aysén estaba cubierta de grandes glaciales, y ha sido siempre un territorio desconocido e inaccesible. Viajeros y navegantes de los siglos XVI y XVII que buscaban *La Ciudad Perdida de los Césares*, bautizaron su complicada y singular geografía mediante una palabra del español arcaico pero que parece más tibetana o del indoeuropeo:

Trapananda. Abarcaba todo el territorio al sur de Chiloé y al norte de la Patagonia. Sólo a principios de 1930 ingresa el hombre a colonizar Aysén. Es una tierra hermosa, pero difícil. Una promesa, pero también un sacrificio. La naturaleza abrupta, fluvial, lacustre, boscosa y glacial no se entrega fácil. Entre 1930 y 1937 los pioneros y colonos luchan intensamente para conquistar un pedazo de tierra, pero en su apremio, desesperación e ignorancia utilizan el fuego para eliminar el bosque nativo y miles de miles de hectáreas pierden los árboles y después el suelo fértil. Por más de diez años ardió Aysén y cuando ya había amanecido y el viento ha cesado, aquel violento incendio como su majestad el fuego apareció por las cumbres y luego arremetió por las arboledas de los acantilados y avanzada la mañana comenzó su trágico descenso hacia el campamento. No hay tregua, cesado el incendio deshumedecen las ropas y las carpas, pero el viento ululante ataca de nuevo con extraño furor.

Maripil fue atacado por un violento virus de influenza. Comenzó con una copiosa tos y al día siguiente se nota decaído y pronto las tercianas y la fiebre se dejan caer sobre su desgastado cuerpo. Tuvo que hacer cama en el húmedo campamento durante dos días bajo los cuidados de Smith y sus hierbas medicinales milagrosas enseñadas por el mapuche, y en su afán de recuperar la vitalidad de su amigo, Gansser propuso construir un *Temascal* con madera y arbustos, pero los hombres al ver su gravedad decidieron que Smith lo regresara al palafito de don Melchor.

Otro día más y la búsqueda parece no tener fin. Otra mañana y apenas ha calmado un poco la tempestad. A Otto se le ha acabado la paciencia y quedan pocas provisiones así que cuando regresa Smith proceden al

fin con la primera inmersión.

El deseo por buscar objetos perdidos bajo el mar, surgió a raíz del naufragio del Titanic en 1912, pero fue sólo a comienzos de la década de 1930, cuando las ecosondas comenzaron a funcionar como un método efectivo para reemplazar el tradicional método del *escandallo* que era una larga, gruesa y pesada cuerda que actuando como plomada, se lanzaba hasta que tocara el fondo y así poder determinar la distancia al lecho marino en ese punto. Otto disponía de ambas tecnologías y había atado el *escandallo* a una cuerda dimensionada y Smith la dejó caer al agua hasta el fondo del fiordo en el punto indicado. La cuerda corrió y corrió como lombriz por los dedos del gringo hasta que tocó fondo y luego Otto y Smith se lanzaron al mar. Gansser les alcanzó sus escafandras.

—Bueno, ya es hora —dijeron.

Bucean todo el día pero no encuentran nada. Pasan dos, tres, cuatro, cinco días y la búsqueda se hace inútil.

Ahora, en ese fiordo brumoso en el que sólo ingresan los muertos según Maripil, y en donde el tesoro supuestamente se halla, les salta la duda si es verdaderamente el fiordo o uno de los tantos helados canales de la tramposa Trapananda. ¡Por qué no! Si parecen todos iguales—dicen.

Pero Otto persevera y ni siquiera piensa en tal cosa. Sólo ve, con satisfacción apenas contenida, que aquel lugar en donde ha puesto la boya, es el punto en donde se oculta. Allí está la cascada y éste ha de ser el fiordo que vio en 1915 y señalado en el mapa de Freddy.

El entorno parece coincidir exactamente con los recuerdos que obtuvo durante el recorrido del *Dresden*; éste es con seguridad el lugar que eligió Lüdecke y

Canaris para esconder el tesoro.

Con precisión confirma Gansser en el mapa la latitud sur 45°31', e indica a Otto su convencimiento de que la ancha extensión líquida en donde habían entrado, era el tan anhelado fiordo.

Continúa entonces la búsqueda con el ecosonda que martillea por uno, dos y tres días más pero la situación no parece alentar.

Otto tiene en tensión sus músculos de acero, ninguno de sus camaradas, ni Gansser, ni Smith, ni mucho menos Maripil que ni siquiera ha regresado de los cuidados de don Melchor, ha de darse cuenta del golpe mortal que sufre Otto con esta desilusión que apuñala su íntimo convencimiento. ¡Que le dirá a Freddy! ¡Qué pensará de él ahora! Más vale desaparecer que continuar deambulando en estas aguas inhóspitas para después regresar con las manos vacías.

Pero, otra cosa intuye ahora el ex tripulante del *Dresden*, y una de ellas es que aquel mapa de Freddy puede tener un error, o aquellos rumores del supuesto tesoro son falsos. Lo que creyó ver caer por la borda nunca fue un tesoro.

A pesar de ello, hay algo que no tiene respuesta aún. ¿Que buscaban aquí los comandos referidos por Melchor? Hay algo entonces que parece no cuadrar.

Retoman la búsqueda pero la costa se muestra cada vez más ingrata, cada día que pasa el fiordo parece más siniestro y vacío, y más opaco el cielo. Extinguióse la luz cálida y el azul del cenit que los sorprendió con la lluvia que lavaba, ahora el cielo parece un batallón de demonios con forma de nubes grises.

Aquí parece no haber ningún tesoro, no hay más que toninas, gaviotas y lobos marinos que huyen temerosos

al acercarse alguien; o se revuelcan perezosamente torpes sobre los peñascos. Fuera de esto, ninguna señal de vida en toda la extensión de la mirada, sólo don Melchor habita aquí entre los bosques de la nada, como si hombres y bestias hubieran muerto en el desierto del Sur. Una sola vez, ven correr a unos indígenas recubiertos de pieles, parecen ser kawéskar, de otro tiempo, en confusa huida. Ni las coloridas ropas ni el whisky de Smith los atraen. Desabridos, rechazan la proximidad de los forasteros.

Cada vez se hace más laboriosa y más lenta la búsqueda, Otto tiene el propósito inexorable de bucear y sondear todo el fiordo si es necesario. ¡Así se lo ha juramentado a Freddy! El martilleo constante y pertinaz del ecosonda va peinando a fondo cada abismo del fiordo por insignificante que sea, y hace hablar el silencio que permuta como murmullo magnético desde lo más profundo del océano hasta lo más alto en las montañas. A decir verdad, Otto sabe que el resto de los tripulantes no tienen ya fe alguna en encontrar el tesoro, si han de tenerla, les traiciona la sensación de que otros se les hayan adelantado ya, como dijo don Melchor, y puede ser que lo hayan sacado primero. Pero ¿quién sabe si se hará el milagro? De pronto, en el punto sospechado, la ecosonda repasa por enésima vez el lecho y señala algo voluminoso y Otto, en medio de su inseguridad se agarra a la última esperanza de que tal vez aquello, lo que delata el metálico eco de la sonda podría ser el maléfico encofrado.

Smith baja por el cable y al llegar al fondo ¡Eureka!, el tesoro ha sido encontrado. Y ya se acerca, se cierne en el aire el momento más feliz de entre todos los momentos y Otto, le hace señas a Smith en lo oscuro y profundo del

fiordo, como antes, en el día de Todos los Santos cuando encontraron el fiordo.

¡Pero lo de ahora es mil veces más importante! Han descubierto el tesoro que deseaba Freddy y por sus propios ojos, en lo inimaginado del Sur, en la desconocida Trapananda. ¡*Trapananda, Trapananda!*, la centenaria voz de júbilo con que los españoles soñaban en las aguas eternas del Sur, resuena ahora en una igual lengua, y con un igual júbilo, meciéndose beatíficamente en un paraje que nunca había oído el entusiasmo de la voz humana.

Pero, no será fácil sacar del abismo el tesoro, pues deben bucear para asirlo y no es cosa de amarrarlo y títalo, sino que hay que hacer palanca para encontrar los garfios para asirlo. Sin perder tiempo alguno, aseguran el cable a los garfios y proceden a emergerlo a la superficie mediante el huinche motorizado con petróleo, y a toda prisa lo hacen funcionar. Smith brinca sobre la balsa con su mano derecha sobre el cable que iza el encofrado lentamente.

— ¡Tenso como cuerda de piano! —dice Smith, mientras con sus dedos va sintiendo como asciende el tenso cable acerado.

Gansser acelera cuidadosamente el motor. No vaya a ser cosa que el peso de esta mole nos vaya a tumbar—dice. Pero al instante, inesperadamente el motor del huinche reventó y el carrete rompió un diente de acero que retenía el cable acerado, y como diente de tiburón salió disparado perforando la pierna de Gansser. El cable sin el carrete trancado se soltó, y comenzó a girar el carrete tan rápido y violentamente que se fue desenrollando velozmente enviando el cajón hormigonado al fondo del abismo desde donde provenía. Smith no

resignado a perderlo intentó mediante una reacción desesperada, instintiva pero insensata sujetar el cable con la mano pero éste le cortó tres dedos en el acto. Otto horrorizado intentó trancar el tambor cruzando el macizo remo en el engranaje dentado del carrete que giraba vertiginosamente, pero el remo no resistió y al quebrarse saltó tan violentamente hacia Otto que al intentar protegerse le quebró el brazo.

A duras penas llegaron al campamento los hombres inútiles y ensangrentados. No esperaban ningún rescate posible pero al atardecer asomó por el fiordo don Melchor quien venía a informarles del estado de Maripil. Le limpió y vendó la pierna a Gansser que sangraba a borbotones y luego atendió a Smith quien apesadumbrado parecía estar en trance al no tener tres dedos en su mano. Otto había soportado el intenso dolor de su brazo pero don Melchor al fin lo trató cuidadosamente y lo entablilló.

En su pequeño bote a remo de pescador Melchor los trasladó a través del fiordo dejando abandonado como chatarra el MK1, la balsa, los tambores y toda la basura resultante del campamento.

Al internarse los hombres en el fiordo, con la lluvia difuminando el paisaje y la bruma ocultándolo en parte, se produjo un indescriptible silencio y sensación. La cortina de agua de la cascada, el juego de grises de la costa, el canto del chucao y la entrada de la niebla por entre los acantilados, parecía que se abandonase un santuario, pero ellos sentían también no ser los mismos ya, les invadía la escalofriante sensación de ser espíritus de un mundo que existía más allá, mineros, marineros o aventureros venidos del viejo mundo como también podrían haber sido elfos u otro tipo de seres como lo era

don Melchor.

En el pequeño muelle del palafito, don Melchor los transbordó, desde su pequeño bote a remo a un velero de dos palos y dos velas blancas, en el cual, los llevó por interminables canales entre islas boscosas y hacia el interior de los fiordos. Poco a poco se manifiesta la intranquilidad en los tres hombres de Freddy; sienten todos instintivamente que algo no va bien.

Pero ya es tarde, don Melchor, aquel hombre bonachón pero ahora, de un silencio siniestro, los lleva a parajes desiertos cada vez más fríos y desolados. Un sol sin virtud asoma pálido entre las nubes, pero aún más a menudo el cielo está totalmente cubierto y el aire comienza a tener sabor a nieve. El viento les rasura bruscamente las mejillas y zarandea con la garra helada de sus ropas; hiélanse las manos al coger la cuerda, y el aliento se cierne ante la boca como humareda encalmada. ¡Y qué soledad, qué desamparo horrible alrededor! Los mismos kawéskar, han huido de estos fríos, en tierra no ven más animales ni más frutos que las conchas. Aquí los seres vivos prefieren vivir entre los muertos o eligen estar dentro del agua que al aire de la playa desierta, azotada por la borrasca. ¿Adónde nos ha enviado este loco de Freddy? ¿Y hacia dónde nos arrastra todavía?

En vano intenta Melchor apaciguar los murmullos de los hombre cuyo destino parece ser la isla de los muertos del río Baker.

Si el viaje al fiordo hace cuatro semanas, bajo mejores auspicios, era ya una temeridad, ahora, navegar en esos fríos en el bote de don Melchor es casi un suicidio.

Que no se dejen intimidar por un poco de frío, que no pierdan el ánimo tan pronto ante la falta de sol. La muerte no es más que una barca que pasa. Es cuestión

de esperar—les dice.

Es que aquí, la gente está acostumbrada al frío; desde la infancia. —señala el viejo. Sin embargo no se ve ningún cristiano ni los colonos quieren estas tierras por morada, ni los kawéskar, ni siquiera el puma o el huemul ¿Qué tienen que hacer allí? ¿Por qué los conduce hacia el Este, hacia el interior de la cordillera y por tales derroteros existiendo la salida al mar por el otro lado?

Pero entre ellos, cuando están solos en la proa del bote, las murmuraciones tejen la sospecha que mascullaban allá en *Antulican*, de que ya están muertos y Freddy los ha enviado a buscar el tesoro para que desaparezcan, y lo dejen descansar en paz. Le ha entregado su alma al diablo en compensación.

Pero a medida que el velero avanza se hace cada vez mas tarde cualquier intento por regresar a la tierra de los mortales. Sus esposas, sus hijos, sus familias, todo ha quedado atrás y ya nadie los puede rescatar.

Alto costo tendrán que pagar los hombres en aquel ambicioso suceso de Freddy, en el maléfico fiordo, el loco Melchor es el botero infernal de las almas de los muertos. Un muelle de palos aparece en la ribera de una aldea oculta y lejana, han de observar allí, uno de los fenómenos más enigmáticos de la naturaleza y que ya en 1915 lo había experimentado Otto a bordo del *Dresden*, cuando el crucero desaparecía, o se hacía invisible, los barcos ingleses no lo podían encontrar.

Había llegado desde el Sur, nuevamente, don Melchor en su bote a velas de dos palos y los tres hombres rubios al muelle. Una impetuosa multitud de indios, con brazaletes de oro y collares de plata se reunió en la ribera para contemplar a esa extraña ave voladora con alas albas como láminas de plata, vislumbran en ella

el regreso de los Viracochas, pues son barbudos y de cabellos dorados como el séquito de la barca capitaneada por Quetzalcóatl. Aquel velero, representaba para los indígenas, de aquella aldea lejana, la cosa más prodigiosa y el acontecimiento más grande que hayan visto hace cien años, desde que Darwin, apareció navegando desde el Sur también, y los saludó disparando rayos con sus cañones en el famoso Beagle. Los indios no se imaginaban tampoco, que esos tres hombres audaces habían llegado hasta allí, intentando develar también, igual que el veinteañero Darwin, la ancestralidad del hombre. Conmovidos los indios no pueden apartar los ojos de aquellos dioses que han llegado de otro mundo. Se acerca a tierra la nave como el 3.000 A.C los sumerios en las costas de Brasil camino a Tiahuanaco.

Se bajan del velero los dioses, aunque heridos, los indios con sigilo los observan, caminan dando traspiés, doblándoseles las rodillas y como contando los pasos, adoloridos, y cuando esperan que besen la nueva tierra bondadosa y firme, al instante sale de una templo de piedra un cacique fornido llamado Topa Inga, en una cabina ensillada y en ancas lo trasladan sus sirvientes y don Melchor lo saluda con solemnidad. De pronto, de una choza se asoma un indio, pero al mirarlo se dan cuenta que es Maripil vestido a la usanza de los incas, pero está terroso, demacrado, anciano. Caminan hacia él sorprendidos y vacilantes, le tocan las arrugas de su rostro con los dedos, parece que ha envejecido diez años durante aquellas cuatro semanas interminables.

Rodean a los hombres los indígenas, jubilosos y apiadados; quieren que caminen junto a su rey Topa Inga por el sendero de piedras que creían de plata, y les ofrecen alimentos y reparadoras bebidas en la casa

de piedra que parece ser del mismo Topa como si no hubiese fallecido nunca. Maripil se acerca intentando consolar el desconcierto de los hombres, pero antes de que les diga algo reciben la noticia asombrosa de Topa quien dice que es viernes, mientras que Otto asegura que es miércoles. No sale de su asombro porque, precisamente, durante aquel viaje desde *Antulicán* han llevado con Smith sus hojas de ruta con toda exactitud. Sin interrupción han venido contando: lunes, martes, miércoles, etc., día tras día. ¿Habrán pasado por alto dos días? —se preguntan.

Pero Gansser ha registrado como un reloj suizo también todos los días, la fecha y cada hora en su bitácora, y tiene asimismo aquel día registrado como miércoles.

¿Será posible que a los tres se les haya escapado dos días, por alguna razón inexplicable? El asombro no termina aún, llega una canoa con un indio kawéskar, desde Puerto Huichas, que no tan solo asegura también que es viernes, sino que es el año de 1947.

Y en *Antulicán* de pronto, un calor interior abrasa y domina al soñador, al ambicioso emprendedor, a ese filántropo apasionado e impertérrito que evitó siempre demostrar a nadie sus emociones. Mientras se asoma el sol, una corriente de lágrimas inexplicables y cálidas, abrasadoras, cae de sus ojos rostro abajo y se esconde en su cuidado bigote. Pero esta vez, la primera y la única vez en su vida que el hombre de las piedras ardientes derrama lágrimas de gozo. “Lloró el patrón, lloró, pero esta vez de gozo.” —dicen las sirvientas.

Y llora de gozo, anoche el mito se ha hecho realidad para Freddy. Sus hombres han llegado al fin a ese lugar lejano y helado que puede no ser el paraíso que habían imaginado pero es el cielo en la tierra.

Pero sólo un momento de paz, uno solo de descanso en toda su vida oscura y afanosa, le cabe sentir a Freddy en este doble pacto en el cual se ha embarcado y con el cual cree haber logrado su sueño, el más alto gozo concedido al hombre creador: la inmortalidad.

Pero el destino señalado a este hombre en los astros, es pagar un amargo tributo a Pazuzu a cambio de un poco de inmortalidad, a lo largo de su vida como Friedrich y Fred, a cada uno de sus triunfos va enlazado inevitablemente una tristeza o un desengaño. Trap-land le ha puesto una trampa aunque cumpliéndole su deseo, le permitió ver la inmortalidad pero que no intente abrazarla ni retenerla. Y ese momento de embeleso, el más generoso en toda su vida, se desvanece antes de que pueda sentirlo en plenitud, el padre creador verdadero, la naturaleza, jamás le permitirá cruzar los límites del alma como tampoco arrebatarse tiempo a la eternidad.

Y cuando llegó del todo la noche para Freddy en su casa de Schwager, sintió la oscuridad a su alrededor, como si *Antulicán* se estuviera preparando para la tormenta. Tenemos un sueño— les había dicho Freddy a sus hombres, pero hasta las cosas más bellas son transitorias y perecederas. La ambición, la ignorancia y la brutalidad nos aplastarán hasta que no quede nada de nosotros ni de nuestras obras, por eso Trapananda está allí, preserva la sabiduría que necesitarán los hombres para reconstruir el mundo, cuando agoten sus violentas pasiones.

FIN

Latitud Sur $45^{\circ} 31'$

Epílogo

Freddy fue encontrado muerto de un ataque cardíaco fulminante en su oficina de la carbonífera Schwager en 1947. Sostenía en su mano el teléfono y en la otra la pipa. Nunca se supo a donde dirigía aquella última llamada. Se supo después que pensaba retirarse de la Compañía en 1956, siendo el último descendiente de la familia Schwager en hacerlo. Su hijo Perico, alias El Príncipe, fue encontrado muerto en 1965 en el baño de su casa en la playa de Horcón. Se desconoce la causa verdadera de su muerte. No hubo descendencia.

La decadencia de la epopeya del carbón comenzó en 1956 y continuó cayendo hasta su cierre en 1995 como consecuencia de una fatal explosión, dos años antes de lo que había proyectado Freddy.

La casa en donde vivió por más de un siglo la familia Schwager pertenece hoy a la fundación Luksic del grupo Quiñenco, pero actualmente son ruinas y hace más de medio siglo se encuentra abandonada.

En 1950 un agricultor descubrió a orillas del Lago Titicaca un cuenco con forma de fuente grabada cuyos caracteres cuneiformes fueron identificados como protosumerios (3.500 A.C). Es una pieza semejante a un vaso para rituales religiosos. En 1960

cerca de Pokotia a 2 km de Tiahuanaco se encontró un monolito antropomórfico de piedra con forma de demonio (Pazuzu sumerio), de 1,7 metros de altura, tan misterioso como enigmático ya que contiene escrituras que no pertenecen a ninguna cultura antigua americana, sino protosumeria, antigua Mesopotamia, hoy Irak. Actualmente ambas piezas arqueológicas se encuentran en el Museo de metales preciosos en La Paz, Bolivia.

Wilhelm Canaris, teniente del *Dresden*, quien llegó a ser jefe de inteligencia del nacional socialismo alemán y que murió ahorcado por ser uno de los cabecillas de la operación Valquiria señaló, antes de morir, que no podía decir si Trapananda existió o existía aún, sólo podía decir que no era un lugar físico que pudiese ser encontrado en la realidad, era una tierra pura, una tierra pura con conocimientos fuera de alcance de todo raciocinio humano. Y a menos que se tuviese el mérito y la asociación kármica real, no se podría realmente llegar allí.

